7360

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MORIR DUDANDO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO REUS Y BAHAMONDE,

Estrenado en el Teatro Español la noche del 16 de Febrero de 1882.

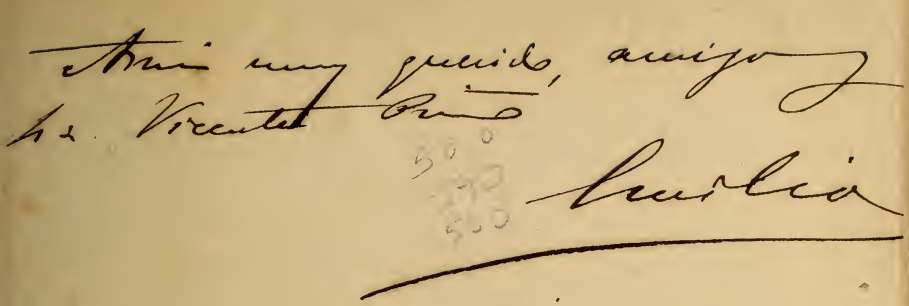
ANTONIO PICÓ PÉREZ
Alicante

MADRID
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
Oficinas: Pozas, 2, 2°
—
1882

ADICION AL CATÁLOGO DE 1° DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde.
Abismo sin fondo	1	D. Enrique Zumel	Todo.
Amor á la pátria	1	Doña Rosario de Acuña.	»
Correnixetes	1	D. E. Escalante	»
Dimax XIII	1	S. Ovara	»
El grito de independencia	1	Enrique Cevallos	»
El rey de les Criailles	1	E. Escalante	»
El tio Palomo	1	Remigio Vazquez	»
El último sacrificio	1	Sres. G. de los R y Utrilla	»
En berlina	1	Lasala y Blasco	»
Lavarisia rompe el saco	1	D. Juan Colon	»
La chala	1	E. Escalante	»
La consoladora	1	F. Palanca	»
La cruz de Mayo	1	Emilio Alvarez	»
Las travesuras de Lola	1	Manuel Cuartero	»
Los consuegros	1	Enrique Zumel	»
Mala-sombra	1	Sres. Granés y Navarro.	»
Modesto Gonzalez	1	Sres. Lasala y Palacios.	»
Palabra de honor	1	D. Eduardo Navarro	»
Por tres peset s y mícha	1	J. Ovara	»
Propietario y colonos.	1	J. B	»
Tenorio y Mejía	1	Leandro Torromé	»
Un triunfo de Calderon	1	Juan de Alba	»
Abdicar á tiempo	2	Eduardo Navarro	»
Amnistía general	2	E. Segovia Rocaberti.	»
El centenario en la aldea	2	P. Moreno Gil	»
El inspector del distrito	2	Emilio Alvarez	»
Las ranas pidiendo rey.	2	L. Mariano de Larra.	»
El desquite	3	Ceferino Palencia	»
El gran Galeoto	3	José Echegaray	»
El Bort	3	J. B	»
En el Valle de Silay ó la expiacion de un malvado	3	José Sierra	»
Haroldo el Normando	3	José Echegaray	»
Historia de un crímen	3	H Giner de los Rios.	»
Juan Martin el Empecinado	3	Sres. Ferrer y Cuartero.	»
La Institutriz	3	D. E. Navarro Gonzalvo	»
Lo que no ve la justicia	3	J. Fernandez Bremon	»
Morir dudando	3	E. Reus y Bahamonde	»
Mujeres que matan y mujeres que mueren	3	Antonio Opisso	»
Sor Teresa del claustro y el mundo	3	E. Vidal	»



MORIR DUDANDO.

MORIR DUDANDO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

EMILIO REUS Y BAHAMONDE,

Estrenado en el Teatro Español la noche del 16 de Febrero de 1882.

MADRID
IMPRENTA DE LA REVISTA DE LEGISLACION
á cargo de M. Ramos.
Ronda de Atocha, núm. 15.

1882

PERSONAJES.

Margarita (18 años.)	Sra. Contreras.
Fausto (45 años.)	Sr. Calvo (D. Rafael.)
Marcelo (25 años.)	Sr. Calvo (D. Ricardo.)
Julio (55 años.)	Sr. Donato Jimenez.

La accion en Madrid. Epoca contemporánea.

A Rafael Calvo,

Emilio Reus.

674440

ACTO PRIMERO.

Despacho amueblado con lujosa severidad. Grandes estantes. Dos puertas al foro. Divan en el centro, frente á una fumadora. Mesa con papeles á la izquierda. Puertas laterales.

ESCENA I.

FAUSTO, en la mesa. JULIO, en la fumadora.

FAUSTO. ¿De suerte, que juzgas malo el negocio?

JULIO. Fío poco en Diego Cañizares.

FAUSTO. Algo sabes: es inútil que niegues. Como el granizo, que es piedra, se esconde en la nube que parece vapor, así la verdad se esconde en tus palabras, que parecen broma. Tienes obligacion de advertirme el peligro. ¿No eres mi hermano? Dime lo lo que sabes.

JULIO. Nada cierto... y áun puede ser que Dios...

FAUSTO. (Con impaciencia) Deja á Dios en su sitio, que de azares bursátiles entiende poco, y cuando parece que entiende por lo raro del caso, no siempre acierta á defender los intereses de la gente honrada. Yo te pregunto lo que sabes; que si Dios ha de hacer esto ó lo otro, ni en tu voluntad consiste, ni en la mía.

JULIO. Se ha dicho que está en baja el crédito de Cañizares.

FAUSTO. Es mi amigo y habrá cuidado...

JULIO. Por cierto que eres estravagante de veras. En la bondad de Dios no crees, aunque nada malo te ha hecho, y en la de los hombres que te han burlado muchas veces, sigues creyendo todavía.

FAUSTO. Es imposible que Diego me engañe. ¿No sabes los favores que me debe? Hace años salvé la honra primero y despues la vida á su esposa.

JULIO. Pero eso no lo sabe nadie, ni su propio hijo.

FAUSTO. Lo sabe él y basta para que no me engañe. Además, no hace muchos meses estuvo á punto de declararse en quiebra, y yo le dí sin interés alguno dinero bastante para salvar su fama y para que nadie se apercibiese del peligro. No lo ha devuelto aún por completo y ya quieres hacerme creer que me ha engañado? Es imposible.

JULIO. Lo imposible sucede á veces.—¿Qué dinero tenias confiado á Cañizares?

FAUSTO. Para el caudal de Margarita, poco: para mí, que soy pobre, mucho; y como al fin he de dar cuentas de mi tutela, pudiera pensar algun malicioso de los que sobran en el mundo que *mi amigo* Cañizares, al quebrar tan oportunamente, me había ahorrado el trabajo de justificar un gasto de seiscientos mil reales. Es mi honra la que está en peligro, Julio: ese dinero le dí anteayer, atraido por las ventajas que te he dicho, y aún no tengo resguardo alguno de su entrega.

JULIO. Te dejaste engañar!

FAUSTO. No se reirá de otro si de mí se ha burlado!

JULIO. Voy á saberlo, y veremos qué remedio se pone, si hay alguno.

FAUSTO. No tardes. El gusano de la inquietud me está royendo las entrañas del alma, y no será mucho si sus mordeduras me escitan, que me falte paciencia para esperarte, y me sobren alientos en cambio para hacer lo que no quisiera pensar!

JULIO. Hasta muy pronto.

FAUSTO. Aun volviendo enseguida, me parecerá tarde.

JULIO. Adios. (Váse.)

ESCENA II.

FAUSTO, MARGARITA.

MARG. Milagro que estás desocupado! Pensé encontrarte con alguno de esos librotes, en que se dicen cosas feas de Dios y de su cielo!

FAUSTO. A buen seguro que si sus autores te hubieran conocido, creerían que solo Dios pudo hacerte tan buena y que solo en su cielo pudo dar vida á la idea de hacerte tan hermosa!

MARG. Tutor más galante!... Y dime: ¿qué hacen los muertos, segun tus autores?

FAUSTO. Pregunta tan rara!... ¿Cómo te se ha ocurrido?

MARG. Vengo de la Iglesia y he oido tales cosas, que estoy inquieta esperando un rayo de luz de tu talento.

FAUSTO. ¡Pobre luz ha de ser, si es la de mi talento la que buscas!

MARG. ¿Crees tú que pueden estar eternamente separadas las almas que se quisieron en vida?

FAUSTO. Portentosa niñería la tuya! Quieres saber lo que nadie ha sabido todavía, y lo preguntas á quien, como yo, no sabe si eso puede saberse siquiera. (Transicion.) Tú debes pensar lo que tu madre te enseñaba. Hay un cielo para los justos y un lugar de condenacion para los réprobos.

MARG. Eso no!

FAUSTO. ¿Y por qué no, si quieres?

MARG. Yo puedo amar á una persona mala.

FAUSTO. Es cierto.

MARG. Ser yo muy buena.

FAUSTO. Quién lo duda?

MARG. Y por esa opinion tuya.....

FAUSTO. Mía no..... de tu madre. (Con ligera burla.)

MARG. Pues bien; por esa opinion de mi madre, yo estaria toda la eternidad separada de esa persona.

FAUSTO. Es la creencia de las gentes piadosas.

MARG. Yo no quiero tenerla. (Pensativa.) Las almas impuras deben hacerse buenas al subir á Dios, como el agua amarga ó corrompida se endulza al evaporarse en el cielo.

FAUSTO. Y sea ó no como dices ¿piensas que tales cosas las debe penetrar siquiera una niña recien salida del colegio? Tiempo te queda, por desgracia, para ahondar en esos misterios. (Váse.)

ESCENA III.

MARGARITA.

Fausto tiene razon! ¿Qué me importan esas quimeras, si las personas que yo he querido y las que quiero son todas buenas? Marcelo mismo, y eso que las monjas aseguraban que son malos todos los hombres, es muy bueno y me quiere mucho. De esto último sí que estoy segura! Anoche me ha escrito y aún no le he contestado. El sabe que yo tambien le quiero, y no contestándole, vendrá enseguida á darme quejas. Venga

á lo que venga, lo que yo anhelo es verle. (Pausa.) Ya me parece que le oigo. Fingiré que no le esperaba. (Sentándose cerca de la chimenea.)

ESCENA IV.

DICHA.—MARCELO.

MARG. Marcelo!

MARCELO. Margarita mia! Ni tuve paciencia para esperar tu carta, ni fuerzas para sujetar mi deseo de venir á tu lado. Te quiero tanto!...

MARG. ¿Y si yo te dijese que no te quiero.?

MARCELO. Mentirías. Esas cosas se adivinan, y yo estoy adivinando en tus ojos mi ventura!

MARG. Figúrate que quiero á otro; que has llegado tarde; que soy muy niña para pensar en esas cosas: figúrate que te doy calabazas. He pensado que no te quiero. (Con zalamería.)

MARCELO. Nada me importa que lo pienses miéntras no lo sientas. Por fuerza tienes que quererme.

MARG. ¿No es bastante que lo haga de buena voluntad, ingrato? (Transicion.) ¿Desde cuándo me quieres?

MARCELO. Mira que no lo sé, si he de decirte la verdad. Me acuerdo que te ví por vez primera, siendo muy niño, y que reñí con todos por jugar sólo contigo: que volví á verte siendo pequeño todavía, y que ya entónces nos llamamos novios. Despues fuiste al colegio; yo á mi barco; y así como tú, entre las madres que te educaban, no pudiste amar á otro hombre, yo en la soledad de mis viajes no tenia más recuerdos de la tierra perdida, que un retrato tuyo — robado por cierto — y una imágen de la Virgen, que llevaba siempre mi madre, que está en el cielo, recordándome los únicos amores santos de mi vida: el de mi pobre madre, ya acabado; el tuyo, Margarita, sin comenzar apénas.

MARG. ¡Pobre Marcelo!

MARCELO. En el mar, las pasiones crecen. El alma se agiganta al espectáculo de aquellas inmensidades que mútuamente se estrechan. Todo allí es un recuerdo ó una esperanza. El cielo parece tan trasparente y tan puro, como los ojos de la mujer querida: la ola que vá á estrellarse á los costados del buque en blanquí-

simas espumas, es como el alma de la vírgen adorada, que sale pura de todos los embates del mundo: el ruido quejumbroso del viento en el aparejo, suena como un concierto de suspiros y frases de amor entrecortadas; y hasta la línea confusa de la lontananza en que se dan un beso eterno la atmósfera y el Océano, es como imágen de esas celestes nupcias, en que dos almas se sumerjen una en otra para siempre, sin recordar que existen en el mundo otros séres que ellos.

MARG. Si me quisieras como dices!...

MARCELO. ¿Por qué lo dudas?

MARG. No lo dudo. ¿Cómo dudarlo, si yo te adoro como tú me adoras? Sin cielo, sin mar, sin aire apénas en que ver todas esas quimeras que tú veias: encerrada entre las paredes de una celda y entre las tapias de un huerto, oyendo á todas horas hablar con rítmica frialdad del amor divino, guardaba yo para tí en mi pecho algo de amor humano, tan grande como la pasion de Eloisa por Abelardo. Cuando por primera vez leí la historia de la pobre enamorada, me pareció sacrílega é imposible. Ahora la comprendo: te he querido tanto sin pecado, como quiso con pecado Eloisa tras de las rejas de su convento. ¿Por qué te quería? Tal vez tú lo sepas. Dime: ¿por qué se quieren las personas?

MARCELO. Por lo mismo que se quieren las mariposas y las flores; porque nacen para vivir unidas. La gota de agua que filtra por las hendiduras de la tierra, busca otra gota perdida entre el polvo, y otra, y otra; pues así el alma que cae sola al mundo busca entre todas otra alma á quien unirse; y cuando la encuentra, brota el amor sin saber por qué, ni de donde, como salta, cuando se unen en red invisible muchas gotas, la pura corriente del manantial.—Ya sabes por qué se quieren las personas.

MARG. Gallardamente expresas lo que es el amor. ¿No temes equivocarte?

MARCELO. Desde que del colegio saliste ¿has visto alguno que más que yo te agrade?

MARG. Más guapos que tú, si he visto. (Con malicia.) Pero no te enfades. No quiero á nadie como á tí te quiero.

MARCELO. ¿Y no sientes deseos de vivir para mí solo, para mi cariño?.....

MARG. ¿Crees que vivo ahora de otra cosa?

MARCELO. No me entiendes, Margarita, no me entiendes. ¿Quieres ser mi compañera para siempre, mi mujer, mi gloria? Contéstame. (Transicion.) ¡Oigo pasos!

MARG. (En voz baja.) ¡Calla Marcelo mio, calla, y dí á mi tutor lo que quieras! Todos los resortes de mi voluntad son tuyos.

MARCELO. Diré á mi padre que venga luego conmigo. Para pedirte permiso he venido yo ahora. (Levantándose.)

MARG. ¡Hasta despues, mi Marcelo! (Vase.)

MARCELO. ¡Adios, mi vida. Hasta luego! (Vase.)

ESCENA V.

JULIO, viendo salir á Marcelo.—Despues, FAUSTO.

JULIO. ¡Pobre chico! Parece mentira que Diego Cañizares tenga por hijo un caballero tan cumplido como Marcelo. ¡Sabe Dios cuánto le costará la fechoría que acaba de hacer su padre! (Toca en la habitacion de Fausto.) ¡Fausto!

FAUSTO. ¿Ya estás de vuelta?

JULIO. Contaba traer una mala noticia y traigo dos: mira si he sido diligente.

FAUSTO. Dime dónde se oculta Cañizares, y á lo ménos tome la venganza el puesto que debería ocupar el dolor.

JULIO. Diego es prudente y no ha querido que te comprometieras por cobrar lo incobrable. Anoche salió para Bélgica, y supónese que desde allí ha de pasar muy presto á esa maravillosa república americana, en que se honra con el título de ciudadanos á los malhechores fugitivos, como si en vez del Atlántico fuese el Jordan lo que se pasa para llegar á ella.

FAUSTO. De manera que las cantidades que Diego tenía recibidas...

JULIO. Anótalas como crédito sin plazo ni garantía, y puede que alguna vez, si Dios le toca en la conciencia—que será gran mérito, porque nunca la tuvo—venga á pagarte desde el otro mundo.

FAUSTO. ¿Se ha alzado con los fondos que sus clientes le habian confiado?

JULIO. Esto es lo maravilloso del caso. Ha pagado cuanto debia y ha huido. De dónde se procuró el dinero, nadie lo sabe; pero en la Bolsa se murmura que no ha sido á préstamo, sino con abuso de confianza. Por los treinta mil duros de Margarita, puedes calcular lo que habrá hecho con aquellos á quienes debia ménos afecto y ménos consideraciones que á tí.

FAUSTO. Me sorprende que como otras veces, no haya venido á mí en demanda de auxilio.

JULIO. (Asomándose á la puerta del foro.) Alguien parece que habla con tu ayuda de cámara.

FAUSTO. (Yendo á su lado.) Es don Cosme, el hombre de confianza de Cañizares. Le entrega una carta para mí. (Transicion.)
La verdad es que somos mal pensados. Ahí tienes como Diego en las angustias de su ruina, se acuerda de mí y envía las cantidades que le tenía confiadas. No era posible que me engañase! (Con alegria.—Sale y coje la carta. Julio vá á salir. Fausto le detiene.)
—Quédate, que no importa. Ya que fuiste acusador del presunto reo, conviene que oigas la defensa del inocente.

JULIO. Inocente ó culpable, ¿qué te importa? Ese hombre es un mensajero de desdichas, que llega tarde. Todo el daño que Diego puede haberte hecho, ya lo teniamos imaginado ántes de que él viniese.

FAUSTO. Cierto: pero entre las rendijas de mi entendimiento, cruza negra sospecha sin base alguna, que se introduce en el corazon tortuosamente y le golpea con tristes y agoreros aletazos. Siento en el alma pesadez de tormenta, y esta carta así puede ser viento que la disipe, como choque engendrador del rayo y de la muerte!

JULIO. Te dejo solo.

FAUSTO. Bien haces; porque áun tu compañía, siempre buscada, me está pareciendo enojosa. Luégo te espero. (Le detiene.) ¿Qué otra cosa tenías que decirme? (Con amargura.)

JULIO. Ya no me acordaba. Se dice que Edwards, tu amigo, ha muerto de repente.

FAUSTO. Pero ¿se dice con razon ó sin ella?

JULIO. Corren extrañas versiones sobre esta muerte inesperada; pero el hecho debe ser cierto.

FAUSTO. ¡Decididamente es hoy un dia triste! (Sale Julio.)

ESCENA VI.

FAUSTO, sentado, con la carta sobre la mesa.

Dicen que basta una palabra para matar á un hombre. Este pliego no puede decir más de lo que sé; que ese dinero se ha perdido. (Transicion.) Pero no debe decir eso: dice otra cosa peor, de seguro. (Rasgándole.) «Quiero salvar con esta declara-

cion tu honra, ya que no puedo salvar tu fortuna. He tenido cerca la bancarrota y la muerte, y he pagado á mis acreedores. He pagado con los treinta mil duros que ayer me diste, y con tres millones que tenías depositados en el Banco hasta encontrar colocacion ventajosa para ellos. Recordarás que, como agente tuyo, estaban los reguardos á mi nombre. Perdona á tu desgraciado amigo Diego Cañizares.» No acabo de entender esto. Dice que ha pagado á sus acreedores con los tres millones depositados en el Banco. Y entonces ¿qué le queda de su caudal á Margarita? (Con terror.) Queda esta carta. (Con ira.) Y cuando Margarita me pregunte dónde está la herencia de su padre, yo se la enseñaré, y con esta carta le darán coches, hoteles, joyas, y á mí, en cambio, me darán una patente de imbécil, si es que no piensan que puse los resguardos de propósito bajo tal firma, para no dar cuentas de tanto dinero. Cañizares era amigo mio, y siendo amigo mio, debo yo ser tan infame, tan miserable y tan bandido como Cañizares. Esta es la lógica de todo el mundo.

Aún dice más la carta. Dice:—«Es imposible que intentes procesarme como merezco. Si lo dudas, consúltalo con tu pupila Margarita y con mi hijo Marcelo. Verás como uno y otra piensan de la misma manera.»—Marcelo y Margarita! ¿Qué tiene que ver en esto Margarita, ni qué le importa su opinion á Margarita? Margarita es mía; de nadie más que mía, aunque se pongan por medio todos los Marcelos del mundo! ¿Cómo ha de querer ella á nadie, si yo la adoro? ¿Y cómo vuelvo yo á verla, si por mi necedad la he arruinado?.. No sé si es remordimiento ó son celos, de lo que escribe este hombre; pero tengo aquí algo que me está ahogando! Necesito consejo!—Julio! Julio! (Llamando.)—Si Julio no está, ¿cómo ha de venir aunque yo grite? (Con rabia.)

ESCENA VII.

FAUSTO, MARGARITA.

MARG. ¿Llamabas?

FAUSTO. Sí; mas no á tí. Pero no importa. (Reprimiéndose.) Ya que has venido, hablaremos de cosas, que há tiempo quieren salir del pensamiento á la boca, y que han de parecerte

nuevas y peregrinas. (Transicion)—¿Has pensado alguna vez en el amor?

MARG. (Vió á Marcelo!) (Alegre.)

FAUSTO. ¿Nada respondes? ¿Es que nunca has pensado?...

MARG. Soy tan niña...

FAUSTO. El amor no se aprende, ni es el sentirlo cuestion de tiempo. A cierta edad, en cierto momento soberano baja al alma como una hostia de fuego, que no se sabe de dónde desciende, ni por qué llega, y la inflama en portentosos delirios y la estremece con dulcísimas congojas. Falta despues dar realidad á ese deseo, querer á tal ó cual persona; pero amar, se ama desde que se adquiere conciencia de la vida. Tú puedes haber sentido amor sin saber á quién amas, como los apóstoles de Cristo sintieron la revelacion de todas las lenguas, ántes de saber en qué lengua predicaría cada uno.

MARG. Hay en mi corazon una voz que me dice que amo.

FAUSTO. ¿A quién? (Con arrebato.)

MARG. Si crees que á veces no se sabe, ¿por qué me lo preguntas? (Con malicia.)

FAUSTO. Escúchame! Tú eres buena: el amor que en tí haya, se inspirará en lo que valga la persona que quieras: no en esos adornos esteriores, que pronto pasan y que tan poco valen.

MARG. El amor, como cosa eterna solo en lo eterno debe tener raices. Se quieren las almas.

FAUSTO. De tal suerte, que tú amarías sin trabajo á un hombre capaz de dedicarte su vida entera, de condenarse ó salvarse por tí: á un hombre de esos que ponen en una sola pasion todos los empeños de su vida, y todas las energías de su alma, y no adoran más Dios que la mujer querida, ni tienen ni aspiran á otro cielo que el de sus caricias!

MARG. ¿Quién lo duda? (Así debe quererme Marcelo!)

FAUSTO. (Respiro! Marcelo no la quiere de ese modo. Es un niño!) Yo conozco quien así te quiere.

MARG. (Es él!)

FAUSTO. Es un hombre que hace tiempo piensa en tí solamente: que ha visto crecer á una tu hermosura y tu inocencia, y que junta en su alma el recuerdo de tu nombre al de las escasas felicidades que ha gozado en la tierra. ¿No te sientes capaz de amarle tanto como él te ama?

MARG. Oh, sí! Me siento capaz de amar con tanto delirio como sea amada. Antes me bastaba pensar en Dios para tener todas las

ánsias de mi vida satisfechas. Desde que he visto el mundo, me parece que llevo en el alma un lugar vacío y que es preciso que muy pronto se llene. Y para llenarle, comprendo yo que hace falta un cariño grande, un cariño que yo no sé explicar como quisiera, pero que debe existir, si es cierto que hay felicidad sobre la tierra.

FAUSTO. (Pobre ángel mio!) Yo te enseñaré á hacer ese misterio trasparente, y verás cuántos delirios de placer santo hay al otro lado de ese gran cielo de los espíritus, que se llama amor. Tú eres hermosa; pues para los ojos de quien te ame, eres mil veces más hermosa todavía. Yo no lo soy; soy viejo, comparado contigo; pues áun así, si tú llegaras á quererme te parecería gallardo y elegante, como el caballero de una leyenda. Ya ves tú si hace el amor milagros y si son dulces mentiras y encantamentos deliciosos los que finje ese Dios tan caprichoso como egoista. (Transicion.) ¿Has pensado alguna vez en separarte de mi lado?

MARG. (Tiene miedo de no estar comigo!) Nunca, nunca!

FAUSTO ¿ Puedes jurarlo?

MARG. Por la memoria de mi santa madre puedo jurártelo! Te quedarias tan sólo si yo te faltase!.... (Acariciándole.)

FAUSTO. ¡Bendita seas tú, cuyos juramentos pueden ser creidos!

MARG. (¿ Que sería de él tan sólo?)

FAUSTO. (No ama á nadie: ya es mucho para mi esperanza!) (Pausa.—Margarita de cuando en cuando le hace alguna caricia filial.) Déjame, déjame sólo. (Con ternura)

MARG. ¿ No me quieres?

FAUSTO Porque te quiero te lo digo; vete. Necesito estar sólo.

MARG. Adios! (Echándole los brazos al cuello.) (Ya tengo permiso para querer á Marcelo, á mi Marcelo!) (Vase.)

ESCENA VIII.

FAUSTO, levantándose agitado.

He sentido sus brazos en mi cuello: su carne ha rozado con mi carne! Feliz mil veces ella, que cree que sólo las almas se quieren y que no es capaz de sentir las abrasadoras punzadas del carnal deseo. Cada una de sus caricias, sus palabras mismas, castas y limpias como su espíritu, son agudo aguijon de mis pasiones! No la merezco. (Transicion.) ¿Habrá comprendido

que le hablaba de mi, ó creerá que le hablaba en nombre de otro, de Marcelo tal vez?—Margarita! (Llamándola.) Soy un nécio! Antes de pedirle explicaciones necesito dárselas. Calma, calma! Aún no es hora de tener celos! Voy á hacer algo: al ménos no la dejaré arruinar sin resistirme! Julio ha de darme consejo, (Coje el sombrero para salir, y al pasar por la habitacion de Margarita dice:) Cuánto la quiero! (Vase.)

ESCENA IX.

MARCELO: luego MARGARITA.

MARCELO. Nadie. (Mirando á todos lados.) ¿Esperaré á D. Fausto, ó llamaré desde luégo á Margarita? Nécia pregunta! ¿Cómo he de estar aquí yo solo y ella cerca, teniendo una pena que confiarle? Margarita! (Llamándola.)

MARG. ¿Tú aquí sin esperarte y sin permiso mio? ¿Qué dirán si nos ven otra vez juntos, cuando há tan poco tiempo que te marchaste?

MARCELO. Eso que á tu parecer es poco tiempo, ha sido para mí tremenda eternidad de penas! (Dejándose caer en el diván.)

MARG. Penas dices? (Con espanto.) Serán burlas y niñerías tuyas! Si yo estaba alegre y contenta, ¿cómo he de creer que tú sufrias? ¿Acaso los corazones que se aman, no sienten á la vez sus angustias, aunque se encuentren léjos?

MARCELO. Tú sabes cuánto amor y cuánta veneracion siento por mi padre! Pues mi padre se ha perdido para siempre en ese abismo traidor y sombrío de las especulaciones arriesgadas. Anoche ha huido al extranjero, dejando pagadas todas sus deudas, eso sí, porque mi padre siempre es honrado, como padre mío; pero sin poder satisfacer las ganancias ofrecidas, y quedando sin recurso alguno para la subsistencia! (Pausa.) Dí ahora que no es esta una desgracia horrible para mí, que contaba ofrecerte desde luégo mi amor y mi fortuna! Ya no puedo aspirar á nada!

MARG. Ingrato y loco! No creí que así me hablases nunca. Ahora soy yo quien quiere unirse contigo. Si me falta la dicha de que me quieras, ¿qué voy á hacer de mis riquezas? Las que á tí te faltan á mí me sobran, Marcelo; y mira si es buena tu ruina, que me permite hablarte sin rubor de nuestra boda, cuando ántes ni áun queria que de ella me hablases.

MARCELO. No puede ser, Margarita, no puede ser! (Con abatimiento.)

MARG. Me robas el alma sin reparo de dejarme pobre, y tienes miedo de que crea serlo, si partes conmigo un poco de dinero?

MARCELO. No conoces el mundo.

MARG. ¿Fuiste á pedir permiso al mundo para quererme? ¿No pensaste unir tu vida con mi vida? Pues si lo pensaste, como me has jurado tantas veces, miéntras tengas fuerzas con qué cumplirla, tendré yo derecho á recordarte tu palabra. Tienes una deuda conmigo, y te reclamo el pago; te exijo que me quieras!

MARCELO. Me exiges que te quiera! Pón todo el amor de Dios y de los hombres junto; pón encima algo, que en vez de ser amor sea adoracion, ya incomprensible por lo grande; figúrate después que eso es poco, áun con ser infinito, y así comenzarás á formarte idea de cuánto te amo! (Pausa.) Pón en monton todas las congojas y todas las torturas del ángel, condenado á eterno destierro de la gloria: añade lo que han sufrido los réprobos de todos los siglos: junta á eso—si es que en Dios puede haber dolores—todos los dolores que en él quepan, que como suyos serán eternos é inenarrables, y áun con todo, por mucho que te esfuerces, no imaginarás nunca cómo se ha engendrado en mi alma tanta pena como la que me causa el horrendo trance de perder voluntariamente tu amor y mi dicha!

MARG. No tienes derecho para condenarme á tanta desventura. Si tuvieras derecho no tendrías alma para hacerlo! Mírame frente á frente. Así. (Cojiéndole la cara.) ¿Ves cómo te avergüenzas de haberlo pensado?

MARCELO. Ten piedad de mí, Margarita, ten piedad y comprende á lo que me obliga mi decoro!

MARG. ¿Tuviste piedad de mí, cuando á traicion hiciste que te amase? Hoy eres mio, mío, de nadie más que mío! (Cogiéndole las manos.) ¿Es que quieres pagar algo que tu padre no ha pagado? ¿Mi corazon no es tuyo? ¿De quién ha de ser mi fortuna? ¿Es que no quieres hacer alarde de riquezas, para que no piensen que tu padre se cuidó de tí demasiado, ántes de huir á tierra extraña? Pues viviremos como tú quieras: iremos donde tú digas; pero suceda lo que suceda, pobre ó rico, ya, Marcelo, eres mio, mio, de nadie más que mio!

MARCELO. Tan tuyo, que no sé resistir tus deseos y paso por encima del honor mismo! Yo no debía hacer ahora lo que tu pides, siendo honrado, y lo hago porque tú lo pides.

MARG. Mi tutor sabe que me quieres. Me ha hablado de tí sin nom-

brarte, y hasta recuerdo algo que me hace sospechar sabia la fuga de tu padre.

MARCELO. ¿Cómo sabe nuestro amor, si solo mi padre fué anteayer confidente con mi secreto?

MARG. ¿Qué nos importa? Lo sabe y lo consiente. ¿Para qué saber más, si con eso lo sabemos todo? (Quedan sentados en el divan, con las manos enlazadas y en silencio.)

ESCENA X.

DICHOS. FAUSTO, que pasa á sentarse á su mesa, sin verlos.

FAUSTO. Nada, nada! Donde no hay remedio posible, es inútil que la inteligencia se fatigue buscándolo. (Se coje la cabeza entre las manos.)

MARG. ¿Me quieres mucho? (A Marcelo que la contesta con una mirada)

FAUSTO. (¿Quién habla? Los dos juntos!) (Con ira.) Burlada mi pasion en mi presencia!

MARCELO. Margarita mía! (Con pasion.)

FAUSTO. (Se estrechan las manos!.. La llama suya! Y ella es feliz!)

MARCELO. Siempre, siempre así! (Con pasion)

FAUSTO. (Siempre, no!) (Con ira.)

MARG. Sí; siempre; aquí y en el cielo! (Con voz entrecortada.)

FAUSTO. (No les basta la tierra! Oh! Si yo supiera que no volvian á verse despues de muertos ¡con qué placer les daría de puñaladas!) (Con ferocidad.)

MARCELO. ¡Vida mía! (A Margarita.)

FAUSTO. (Al ménos voy á decir á ese hombre que le ódio! No! (Deteniéndose.) Me vengaré sin avisarle!) (Mirándolos con ánsia y sin moverse.)

MARCELO. Te adoro!

MARG. Vete. Me dá miedo estar sola contigo!..

MARCELO. ¿Me despides? (Con pena.)

MARG. Sí, vete.

MARCELO. Adios, bien mío! (Al levantarse, la besa en la mano sin que ella haga resistencia.)

FAUSTO. (La ha besado!) (Dando un golpe sobre la mesa, á cuyo ruido se vuelven asustados.)

MARCELO. (Nos habrá visto?) (A Margarita con rábia.)

FAUSTO. ¿Estábais ahí? (Repuesto, pero violento.)—Dispensadme si os he

asustado: creía estar solo, y en verdad que no os ví cuando entraba.

MARG. ¿Y ese ruido? (Asustada.)

FAUSTO. ¿Te has asustado? No fué nada: uno de estos candelabros cayó sobre la mesa, por inadvertencia mia ó por torpeza, que ya sabes que algunas cometo.

MARCELO. Mañana deseo hablar con usted.

FAUSTO. Ahora mismo si quieres. (Con naturalidad fingida.)

MARCELO. No, mañana. (Sospecho que nos ha visto! Ahora lo sabré!) (Sale. Margarita vá tambien á salir.)

ESCENA XI.

FAUSTO, MARGARITA.

FAUSTO. Oye, Margarita. (Margarita se detiene) ¿No preguntabas ántes si las almas que bien se quieren, pueden separarse allá arriba? (Con calma feroz.) Pues pregunta á ese, que acaba de salir ahora, si espera encontrarse con su padre en el cielo.

MARG. La desgracia no es pecado, segun tú me digiste muchas veces.

FAUSTO. Pero el pecado es pecado, y la infamia, infamia; y Diego Cañizares no es un desgraciado, es un miserable!

MARG. ¿A mí qué me importa lo que ese hombre haya hecho?

FAUSTO. En sus manos tenía tu fortuna entera.

MARG. No me hables de eso! (Con tristeza. Vase.)

FAUSTO. Se vá. Confía en Marcelo! (Con dureza.) Ya no atiende siquiera mis palabras! (Marcelo se acerca y le toca en el hombro. Fausto se vuelve rápidamente y con ira.) ¿Quién me espía?

ESCENA FINAL.

FAUSTO. —MARCELO.

MARCELO. ¡Estaba allí! (Con calma fingida.)

FAUSTO. ¿Y qué? (Con indiferencia.)

MARCELO. ¡Todo lo he oido!

FAUSTO. Por tí lo siento: nada queria decirte de tu padre, para que no añadieses su vergüenza á tu dolor!

MARCELO. ¡La prueba, la prueba de esas palabras es lo que exijo, y al instante, al instante, ántes de que me vuelva loco!

FAUSTO. ¿Pruebas me pides? (Con ironía.) ¡Agradece que no quiera dártelas!

MARCELO. ¡Yo sé lo que he de hacer! Llamaré ahora mismo á Margarita delante de Vd. y le diré: «Lo que este hombre ha dicho de mi padre, es mentira forjada por él para separarnos, no sé por qué, (Fausto lucha consigo mismo para contenerse.) tal vez porque te quiere para otro: tal vez porque te ama; (Fausto palidece.) y en prueba de que es mentira lo que ha dicho, vá á pedirme perdon de sus reticencias ahora mismo, vá á humillarse, para que tú presencies la humillacion; como escuchaste el insulto! Y le cojeré así, (Cojiéndole por las muñecas) y le haré ponerse de rodillas!

FAUSTO. Yo de rodillas!..... (Empujándole violentamente.) No las he doblado ante Dios y habia de doblarlas..... ante un niño!..... (Con desprecio.)

MARCELO. La prueba! la prueba es lo que quiero!

FAUSTO Búscala, si te place!

MARCELO. Margarita! (Llamando.)

FAUSTO. No la llames! (Con terror.)

MARCELO. Margarita! (Con más energía.)

FAUSTO. Quiero ser bueno contigo. Déjame serlo.

MARCELO. ¡Margarita!—Iré por ella si no me oye! (Yendo hácia la puerta)

FAUSTO. Al fin lo conseguiste, imbécil!—Toma! (Sacando la carta de Diego, y entregándosela.)

MARCELO. (Despues de un momento de duda, lee.) Margarita robada por mi padre! (Se arroja en el divan sollozando) Y robada porque me quiere y no ha de perseguirle! Aquí lo dice! (Con espanto.)

FAUSTO. (Ya comienzas á pagar el beso que le has dado!)

MARCELO. Perdida para siempre, para siempre! Qué desgraciado soy!

FAUSTO. (Dice que es desgraciado)!.. (Con burla.) (Al fin somos iguales en algo!) (Con furor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche. Margarita recostada en el divan, dormida. Fausto en la mesa, escribiendo.

ESCENA I.

FAUSTO, MARGARITA.

Fausto. Siempre lo mismo! En vano busco alivio á sus males y á los míos. Para ella sin el amor de Marcelo no hay nada; para mí sin el amor de Margarita, el mundo está vacío! Qué horrible es amar sin esperanza! Más horrible aún, cuando se vive al lado de la mujer querida. No hay malicia que escite tanto como la inocencia. (Se levanta.)

—Duerme! Tal vez soñará con él. Sonríe! Es feliz, al ménos cuando sueña. Yo no tengo siquiera la dicha de soñar! Las ondas de su pelo forman como un marco de sombra á su rostro, para que luzca más y se me antoje más hermoso! Cada vez que la miro, recuerdo, como si estuviera marcado con un sello, el sitio en que puso sus lábios aquel... aquel hombre! Otello no vió besar á Desdémona por otro amante. Shakespeare no supo bien lo que eran celos! Es una triste ventaja la mía de saber más que ellos! (Pausa.) ¿Quién querrá á Margarita como yo la adoro? Ese nécio Marcelo sabe que es amado y no viene á verla y se aleja de ella, por si su padre hizo ó no hizo y porque su honor y su decoro exigen que se aparte de Margarita! (Todo esto con ironía. Lo que sigue con ira.) Ella, en cambio, agoniza esperándole y cree que no ha dejado de ser de noche, desde la tarde en que por última vez le vió, hace ocho dias. Y él, dale que dale con su honor!.. Mil veces loco!.. (Con desprecio.) Despierta, pobre amor mío!

MARG. ¿Ha venido? (Intranquila.)

FAUSTO. Solo piensas en él. (Con rabia.)

MARG. ¿Acaso te incomoda? ¿Ó es que te cansa ver el dolor con que le espero y la ingratitud que de aquí le aleja? Pero si á tí te incomodan y te cansan mis quejas, ¿á quién he de decirle que me mata la pena?

FAUSTO. Es verdad: debes decírmelo. (Transicion.) Pocos sabrán tan bien como yo si las penas matan ó no matan! (Con desesperacion.)

MARG. ¿Sufriste mucho cuando jóven?

FAUSTO. Cuando jóven sufrí bastante! (Con ironía.) Tú eres de las que creen que solo se puede amar á la edad de Marcelo, y que solo á esa edad, puede un enamorado morir de pena! (Transicion.) Pero ahora tambien sufro: no creas que las penas de amor acaban pronto.

MARG. Dispénsame si te he ofendido con mi pregunta. Siempre á mi lado te ví tan cariñoso y tan dispuesto á satisfacer mis antojos; tan alegre y tan bueno, que me parecía imposible que las penas oscureciesen tu alma! Porque las penas cambian el carácter, tuercen la voluntad, nublan los buenos sentimientos. ¿No te parezco mala ahora? ¿No te parecía buena, ántes de ser desgraciada?

FAUSTO. Cuando en eso te ocupas, es que no eres bastante desgraciada todavía! ¿Qué más dá ser bueno ó ser malo, si al fin de la jornada no han de borrarse por ello las desventuras? Ser feliz ó no ser feliz: hé aquí el problema de la vida. Lo demás, palabras, palabras y palabras!

MARG. Nunca te oí discurrir de esa manera.

FAUSTO. Es que nunca hemos tocado ese punto desde que los dos somos desgraciados. (Transicion.)—¿Me crees honrado?

MARG. Como á mi padre.

FAUSTO. ¿Crees que tengo buenos sentimientos?

MARG. Puede envidiar los tuyos, quien se precie de tenerlos mejores.

FAUSTO. ¿Crees que mi inteligencia vale algo?

MARG. Todos la admiran.

FAUSTO. Pues óyeme. (Con frialdad fingida.) —Tenía yo seis años cuando quedé huérfano y miserable: Julio, hombre ya, corria por América en busca de una fortuna; crecí como una planta sin cultivo, segun mi antojo, y algo bueno debia tener en el fondo del alma, cuando acerté á entrar en una academia, casi al mismo tiempo que otros iguales á mí entraban en la cárcel. Hay una enfermedad que se llama el ánsia de la cien-

cia: yo la tuve. Fibra por fibra desgarré los resortes del organismo humano, y átomo por átomo quise penetrar los resortes del organismo universal. Segun dijeron, adelanté como nadie, y al acabar el estudio de mi profesion, era un sábio. De pobre me hice rico: puse mi fortuna en un negocio y la perdí toda, quedándome por segunda vez y para siempre pobre. Hasta entonces no habia notado que tenia corazon y que en el corazon forman nido á lo mejor las pasiones. Mi único afecto era tu pobre padre; y murió dejándome tan solo como al quedarme huérfano. Entonces conocí á una mujer, á una niña, y sin saber por qué ni por qué no, comencé á quererla con locura. Esto fué, sobre poco más ó ménos, cuando tú entrabas en el colegio.—Fiado en que mi corazon cuidaba solo de repartir la sangre por mi cuerpo, le dejé sin castigo, y cuando pasado algun tiempo quise cortar un amor que me daba miedo, habia crecido tanto que la voluntad se negó á obedecerme.—Esto era, sobre poco más ó ménos, cuando tú saliste del colegio. Ya ves cómo hace poco tiempo y cómo sin ser jóven he podido sufrir los tormentos del infierno, al ver prendada y ciega por otro á la mujer que yo queria, á la mujer para la cual guardaba yo el primero y el último de mis amores! (Con mucho sentimiento.) Puedo jurarte que no me importan ni mi honradez ni mi talento, ni nada de cuanto pueda haber en mí de bueno, y que lo daría todo por ser amado, aunque fuese no más en el instante de la muerte: créelo, créelo tú que empiezas á sufrir ahora. Si no sirven para ser feliz, ¿para qué sirven el talento, la virtud y la hermosura?

MARG. ¿Y nada has dicho á la mujer que quieres? (Pensativa.)

FAUSTO. Nada.—Amor que no se declara, dura hasta la muerte. Amor rechazado, se ensoberbece y se trueca en ódio. Si yo pensara que podia odiar á la mujer que te digo, me mataria. (Con sencillez.)

MARG. ¿No puedes decirme de quién estás enamorado? O te conoce poco la que no te ama, ó mucho vale tu rival si á ti se iguala.

FAUSTO. Será tal vez que me conoce poco y no me ama por eso. (Transicion.) Deja en paz mis amores. Tú al fin no has de aliviar mi pena. Háblame de Marcelo, de tu Marcelo, de ese hombre que sabe que le quieren y no está al lado de la mujer querida: de ese..... que tiene su felicidad segura y se pára en mentiras y ridiculeces sociales y no corre á cojerla, ántes que se le escape de las manos..... Háblame, habláme de Marcelo.

MARG. Tú piensas como yo, que debia venir aquí sin reparar en nada, sin cuidarse del mundo..... (Con alegría.)

FAUSTO. Pues claro que lo pienso, pues claro..... Si yo fuese Marcelo! (Julio va entrando hasta ponerse detrás de Fausto.)

ESCENA II.

DICHOS. JULIO.

JULIO. Si tú fueses Marcelo, cumplirias tu deber como él lo cumple, áun siendo doloroso cumplirlo.

FAUSTO. Julio, tu no sabes.....

JULIO. Ahora sé más que tú y te convenceré pronto de ello.

MARG. Pero ¿es verdad que Marcelo no debe venir á verme? Es verdad que no debe amarme; que no tiene derecho á amarme, como dice en esa carta que me ha hecho llorar tanto?

JULIO. Hasta hoy ha sido verdad: mañana tal vez no lo sea.

FAUSTO. ¿Y por qué no ha de suceder mañana lo mismo que hoy? (Con violencia)

JULIO. ¿No te he dicho ya, Fausto, que ahora sé cosas que tú no sabes?

MARG. (¡Dios mio!)

JULIO. Si quieres mucho á Marcelo, si tu felicidad consiste en ser su esposa, podrás ser feliz mañana, deshaciendo el obstáculo que de tí le separa.

MARG. ¡Cómo! ¡Cómo! (Con ansiedad)

JULIO. Rogando á Fausto que lo deshaga. Yo le daré las medios esta noche.

MARG. Entonces soy dichosa! (Echándose al cuello de Fausto.) Y viniendo de tí mi felicidad, me parecerá todavía más grande.—¿No dices nada? Dime siquiera que te alegras mucho!

JULIO. Déjale, déjale. (A Margarita) Su sorpresa debe ser tan grande como la tuya.—Espérame allá dentro, y verás despues que yo le hable, cómo le encuentras de otro modo.

MARG. No tarde usted. (A Julio.) Ya sabes que está en tus manos mi dicha. No hagas que la espere mucho tiempo. (A Fausto.)

ESCENA III.

FAUSTO. JULIO. El primero espera un instante á que Margarita esté léjos y luego se dirige con violencia á Julio.

FAUSTO. ¿Te has vuelto loco ó quieres volver locos á los demás? Hablemos claros.

JULIO. Por el contrario: quiero volverte á la razon, que segun escuché al entrar, ibas perdiento. ¿Cuál es la causa de tu desespe-

racion presente? El alzamiento de Diego Cañizares: la pobreza de Margarita, que aún no has confesado y que te resistes á confesar miéntras puedas. ¿Cuál es la causa del dolor de Margarita? La ausencia de Marcelo: ausencia que tiene el mismo origen que tu desesperacion exagerada. Si Margarita fuese otra vez rica, aún más rica que antes, tu buen nombre quedaba á salvo y su dicha seria segura al lado de Marcelo, cuya esquisita delicadeza no tendría ya reparos que oponer á tan deseado enlace.

FAUSTO. No he gustado nunca de entretenerme con novelas maravillosas ó con cuentos de hadas. Si encontraste alguna mina de oro, ponla á disposicion de quien te agrade. Yo nada tengo que hacer en eso.

JULIO. ¡Te oigo y no te conozco! (Sorprendido.) Por el contrario, tienes que hacerlo todo. Tu voluntad es el único resorte de esta máquina que la casualidad ha construido para hacer felices á dos personas.

FAUSTO. Venga la explicacion de esa máquina encantada, en que soy yo director omnipotente sin haberlo solicitado ni querido.

JULIO. Hace tiempo salvaste milagrosamente de la muerte á tu pobre amigo Edwards el norte-americano. Tenía Edwards un hijo de noble corazon, presencia gallarda, inteligencia generosa: un hijo, que era su consuelo y su alegría desde que Dios le arrebató su esposa. Roberto,—que este era su nombre,— salió hace un mes para Nueva-Orleans, con objeto de contraer matrimonio. Con tanta impaciencia como su amada, le esperaba la muerte. A los cuatro dias, la fiebre amarilla, esa muda protesta de la tierra americana contra los dominadores europeos, asesinaba á Roberto. Edwards, al recibir la noticia, no derramó una sola lágrima: bajó al despacho como de costumbre: se retiró á la hora de siempre: escribió algo, que despues se supo era un testamento, y se levantó la tapa de los sesos, sin haber nombrado una sola vez, delante de sus criados, al hijo en quien tenía puestos todos los amores de su alma. Hoy se han aclarado los misterios sobre las consecuencias del suicidio. Ya se sabe quién es el heredero.

FAUSTO. Soy yo: ¿no es cierto? (Con tristeza.)

JULIO. Te deja una fortuna de veinte millones de reales. ¿Comprendes ahora cómo puede ser feliz Margarita? Tú eres generoso como nadie y bueno como pocos: de esos veinte millones dás una parte á Marcelo, para que pueda devolver á Margarita lo que

Diego Cañizares le ha robado. Está seguro que Marcelo, rico por tu mano, á condicion de que se case con ella, no tendrá más remedio que dejar de ser caballero andante para convertirse en esposo modelo. Dicen las gentes que el ser bueno es una cucaña: tú ganabas en ello más que nadie. Margarita, Marcelo mismo te miraría como un padre y su dicha reflejaría en tí, haciéndote más feliz de lo que crees: despues tú, que no has conocido el amor de los hijos, aprenderías lo que es el amor de los nietos y no te pesaría de saberlo. (Transicion.)—¿Pero nada respondes?

FAUSTO. Estoy oyéndote y admirando tus planes: sorprendido de tener paciencia para no interrumpirte mil veces.—¿Conque yo he de pedir á Marcelo que se case con Margarita?

JULIO. ¿Quién sinó tú que puedes hacer á Margarita rica y que representas á su padre? (Con naturalidad.)

FAUSTO. Dale con los padres viejos y los abuelos jóvenes! (Transicion.) No acepto tu plan! (Con energía.)

JULIO. Y ¿por qué? Margarita se morirá si no la casas con Marcelo.

FAUSTO. Mentira! Y si se muere... moriré despues de ella, y al ménos me veré libre de ese rival odioso! (Con explosion.)

JULIO. Fausto!

FAUSTO. Qué? (Brusco.)

JULIO. ¿Amas á Margarita?

FAUSTO. ¿A tí que te importa de mis amores? (Con violencia.)

JULIO. Á mí, (con pena) á mí no me importa nada tuyo! (En tono de reproche.)

FAUSTO. Pues bien, sí, la amo: la amo como tú no puedes figurarte. Y ahora que tengo una fortuna espléndida, ahora que vá á marcharse Marcelo para siempre, ahora que doy calor á la primera esperanza, ¿quieres que le llame y que le exija, que le exija?.. Estás loco, Julio, estás loco: ya te lo dije cuando viniste.

JULIO. Tú no dejarás marchar á Marcelo. (Con seguridad.)

FAUSTO. Ya verás!

JULIO. Eres honrado, eres bueno! Ese amor tuyo es una locura.

FAUSTO. Pues no te canses inútilmente. ¿Cuándo has visto á los locos ceder en sus empeños?

JULIO. Estoy seguro de convencerte. Por lo mismo que amas á Margarita, si es que no es ilusion y fantasmagoría tu cariño...

FAUSTO. Te permito que lo supongas todo menos eso! (Exaltado.)

JULIO. Por lo mismo que la amas, debes procurar su bien sobre todas las cosas.

FAUSTO. ¿Y busco yo su mal con quererla para mí?

JULIO. ¿Crees que Margarita te ama?

FAUSTO. No! (Sombrío.)

JULIO. Tú mismo te condenas! (Con dolor.) Pues si contigo no ha de ser feliz, sacrifícate, Fausto, y tendrás á lo ménos la dulce tranquilidad de la conciencia.

FAUSTO. Déjate de predicaciones, que ya estoy harto de ellas! (Con furor.) Ni la conciencia ni la tranquilidad me importan nada al lado de mi pasion! ¿Que me resigne á verla con Marcelo? Cuando no pueda impedirlo, ya verás cómo cedo (con sarcasmo) y practico esa moral santa é hipócrita del sacrificio, papel moneda de la virtud verdadera, que Dios—si le hay—debe cobrar siempre con descuento, porque consiste únicamente en hacer pasar como mérito la impotencia para poseer lo que se quiere ó remediar lo que nos lastima. Que vea yo que Margarita no vive sin Marcelo: que vea yo que Marcelo rico ó pobre, busca á Margarita: que vea que siguen adorándose, como han empezado, sin contar conmigo para nada y verás, verás como soy generoso y los dejo. Si no puedo evitarlo, ¿qué he de hacer más que ser generoso? (Con ira. Transicion.) Pero contribuir yo á unirlos, romper yo la barrera que hoy los separa... No delires, Julio, no delires!

JULIO. Si eres tú quien delira! Por culpa tuya ha perdido su fortuna Margarita. Debes reintegrarla.

FAUSTO. Cuanto yo tenga es suyo. Vas á decirme que buscará á Marcelo, que este volverá á ella: no te canses. Sé que marcha mañana temprano y que no vuelve.

JULIO. Pero no sabes que yo ignorando tu funesto amor le encargué que viniese esta noche á verte, para que tú enterado ya de tu nueva fortuna le pusieras en los brazos de Margarita. ¿Qué vas á decirle si viene?

FAUSTO. Le diré... (Pensativo.) le diré... no lo sé aún; pero algo malo para él, de seguro. Le diré que yo tambien quiero á Margarita y se apartará de ella!

JULIO. ¿Se apartará?... (Sorprendido.)

FAUSTO. Es claro: si yo devuelvo con creces la fortuna que Diego nos ha robado, ¿cómo Marcelo ha de ser rival de quien enmienda los yerros de su padre?

JULIO. Pero eso es infame, Fausto, eso es infame! (Con terror.)

FAUSTO. Déjate de calificativos infantiles! Lo mejor será que no venga Marcelo.

JULIO. Corro á avisarle: le diré que no se marche mañana.
FAUSTO. Dile que no venga mañana tampoco! Y no repliques, es inutil!
(Salen disputando.)

ESCENA IV.

MARGARITA.

Se fueron sin decirme nada! Irán en busca de Marcelo. Bien segura está mi felicidad, si está en manos de Fausto. Y segun dice Julio, tenia razon Marcelo para no venir á esta casa! Eso sí que no puede ser! No hay razon en el mundo que baste para apartar dos almas que se quieren de véras! (Con pasion.) Cuán triste era mi vida sin Marcelo! Hace poco todo me parecía oscuro y siniestro: desde que sé que volverá pronto, tengo en el alma una claridad como de aurora! Me parece que resucito, que salgo de una mazmorra tristísima al más hermoso país del mundo! Si Marcelo sigue sin verme, pronto hubiera yo muerto llamándole! Qué espantosa vida deben arrastrar los que no aman! En cambio qué dulce cosa es la felicidad! Siendo feliz cuesta muy poco trabajo ser bueno. Parece como que hay obligacion de devolver al mundo una parte de la dicha que se siente. Dios debe ser inmensamente bueno, porque disfruta la felicidad eterna! Yo misma tiemblo ahora al recordar los pensamientos, que me asaltaban, esperando en vano á Marcelo. Todos luto y horror y pecado. Pecado tambien, si, sí! Me he dado miedo yo misma algunas veces. Lloraba pidiendo á Dios alivio de mis males, y allá en el fondo de mi pena sonaba como un eco burlon é impío, que quitaba su santidad al rezo y su pureza al llanto; y ahora hace un instante, despues de oir á Julio, comencé á rezar, dando á Dios gracias, y el alma entera se inundaba de gozo, y hasta fuerzas parece que me faltaban para expresar el fervor que me hacía dichosa!—Ya vuelve Fausto! —¿Cómo está Marcelo?

ESCENA V.

MARGARITA.—FAUSTO.

FAUSTO. Debe estar bien! (Con despecho.)
MARG. Fausto! (Sorprendida de su tono.) ¿Eres tú quien tiene mi felicidad en sus manos? (Sollozando.)
FAUSTO. Perdóname, Margarita: pídeme lo que quieras: busca imposi-

bles de los más imposibles, que pueda forjar tu fantasía y probaré á ver si puedo dártelos; pero no me hables de Marcelo!

MARG. Si hablar de él es mi vida, ¿cómo quieres que te hable de otra cosa?(Con ternura. Transicion.) Sé que no eres capaz de mentir por nada. Dime: ¿Marcelo merece mi cariño? Respóndeme por lo que más quieras en el mundo!

FAUSTO. Si, lo merece. (Sombrío.)

MARG. Dime otra cosa. ¿Puedes tú hacer, como Julio aseguraba, que vuelva Marcelo al lado mío?

FAUSTO. Sí, puedo. (Despues de vacilar.)

MARG. ¿Lo harás pronto? (Con temor.)

FAUSTO. No lo haré nunca! (Con resolucion.)

MARG. Se trata de mi felicidad, de mi vida, Fausto, y no has de dármela? Ven aquí, sientate al lado mio y escúchame. Aunque tengas mucho ódio á Marcelo, tú mismo confiesas que es bueno y que me quiere. (Con tono persuasivo.) Yo te juro que sin él no puedo ser dichosa: yo te juro que si lo apartas de mi lado, me dás la muerte! Tu no querrás verme morir por culpa tuya. Me quieres tanto!..... Marcelo es pobre, bueno: yo soy rica, y para los dos habrá bastante con lo mio.

FAUSTO. Lo tuyo! El padre de Marcelo sabrá de ello.

MARG. No importa: seremos los dos pobres: vivíremos como viven los pobres. (Con naturalidad.) La felicidad no consiste en el dinero. Convéncete de que no tienes razon alguna para separarme de Marcelo. ¡Cuánto habrá padecido si sabe lo que ha hecho su padre conmigo!

FAUSTO. Nada te para ni te asusta, tratándose de vivir para él. Marcelo no consentirá en ser tu marido, después de lo hecho por su padre.

MARG. Pero eso es lo que está en tu mano, segun has confesado: convéncele de que es preciso que lo haga.

FAUSTO. Si yo tuviese autoridad sobre él para algo, le convencería de que renunciase á tí para siempre. (A un signo de Margarita.) No me preguntes por qué. Es un secreto, que á mí mismo me dá miedo saberlo.

MARG. Vencerás ese miedo: te sacrificarás por mí. Estoy segura. Lo has hecho tantas veces! (Con confianza.) No querrás verme agonizar poco á poco á tu lado. ¿Te acuerdas de aquél pobre pájaro, que mataste en esa horrible máquina tuya, en que se hace el vacío? Pues como él, moriria yo entre mil congojas, poco á poco, en cuanto me faltase el amor de Marcelo, que es el aire

que mi alma respira! Tú serías mi asesino, como lo fuiste de aquél pájaro que te hizo falta para tus experimentos.

FAUSTO. Calla, Margarita, calla, por Dios, que me vuelves loco! (Con desesperacion.)

MARG. Nombras á Dios por fin! (Con alegría.) Es la primera vez que te sucede!

FAUSTO. He dicho Dios, por decir algo! (Con rabia) Ya te he advertido que me estás volviendo loco! No te sorprendas de nada mío.

MARG. Mira que me matas sin remedio! Busca á Marcelo, tráele á mi lado sin tardanza: sé bueno como siempre lo fuiste conmigo: sé bueno por piedad, hoy que tanto lo necesito! ¿Quieres que te pida de rodillas mi felicidad y la de Marcelo? (Yendo á bajarse delante de él.) Despues que me la hayas dado, te adoraré casi tanto como á Dios, aunque sea pecado. (Cogiéndole las manos.)

FAUSTO. Déjame al ménos pensar hasta mañana. Vete y duerme. (Empujándola hácia la puerta de la izquierda del espectador.)

MARG. No me matarás: ¿verdad que no? Me quieres demasiado. (Despidiéndose con ternura.)

ESCENA VI.

FAUSTO.

Esta mujer es capaz de obligarme á buscar á Marcelo y de hacer luégo que le pida por favor que sea su marido! (Con desesperacion) Todo lo que sé es polvo y humo: vanidad de vanidades, como dice el Evangelio. Yo creí que bastaba la ciencia, para satisfacer las necesidades del alma y me he engañado como un idiota. Hay aquí dentro pliegues y profundidades, abismos y cavernas, que sólo con los resplandores del amor se iluminan. En cambio hay dolores, que sólo entre los celos se engendran, como los miasmas mortíferos se forman de la descomposicion del aire puro. (Transicion.) Me canso inútilmente procurando una solucion que no existe, que no puede existir. Yo quiero ser amado y aman á otro! ¿Qué esfuerzo humano puede torcer la voluntad apasionada? Dicen esos maestros, que siempre he reputado infalibles, que la pasion es cosa fútil y ligera: instinto concreto de la materia, capricho de tal ó cual célula desobediente, que se cura como un desarreglo físico y sigue el cánon de una enfermedad material cualquiera. Pues yo aseguro que eso es mentira, mil veces men-

tira; que he sido un impío creyéndolo tanto tiempo y que se dice fácilmente de las pasiones agenas, pero no se piensa siquiera de las propias. Julio me aconseja la abnegacion, el sacrificio, el desinterés. Todo eso es muy bonito, pero no me sirve de nada. (Con desprecio.) Será mi amor tentacion de la carne, atraccion del espíritu, lo que él quiera; pero la cuestión es que aquí hay un amor y necesito satisfacerle de algun modo. Si yo tuviera hambre ó sed del cuerpo, llegaría á matar á quien me impidiese saciarlas y nadie estrañaría mi crímen. El alma, segun los que creen en ella, vale más que el cuerpo. Pues yo tengo ahora hambre y sed del alma y no quiero morir de inanicion, teniendo entre mis manos el remedio! (Con energía.)

ESCENA VII.

DICHO. JULIO.

JULIO. Temía que hubiese llegado Marcelo, pues rato há que salió de su casa.

FAUSTO. Bien hizo en no venir aún, porque me dió tiempo para la meditacion. Me dejaste con el alma abrumada de inquietudes, y me encuentras ahora limpio de dudas y resuelto á no torcer mi voluntad por nada.

JULIO. Estás contento de tí mismo, que me place. (Con alegría.) ¿Ves cómo el deber se impone á la conciencia? Resolviste hacer felices á dos que se aman, sacrificando tu amor, y sin quererlo te has hecho felíz tú mismo.

FAUSTO. Si no es eso. (Con tranquilidad burlona.) Lo que he resuelto es dejar á Marcelo que se marche y ganar luégo por fuerza ó de grado el corazon de Margarita. Dá, pues, órden de que no dejen pasar á Marcelo, si viene, y retírate á descansar, que es ya tarde para tu cuotidiana costumbre.

JULIO. No te dejaré sólo mientras no me jures...

FAUSTO. Jurar es tomar á Dios por testigo, y ya sabes que no acostumbro hacerlo. Dá la órden que te he dicho, y vete. Si tienes gana de predicar en desierto, lo mismo dá hoy que mañana. Sabiendo que no he de hacerte caso, ¿para qué has de perder el sueño de esta noche?

JULIO. Me dá miedo escuchar lo que dices!

FAUSTO. Aún te asustarías más de lo que pienso y me callo, que de lo que digo.

JULIO. Dilo, dilo todo y acaba.

FAUSTO. ¿Quieres saberlo? Pues pienso que la virtud (Cogiéndole la mano y en tono sombrío) es una cosa hermosísima, cuando tiene algo sobre qué fundarse, y una gran tontería, cuando no tiene más cimiento que la rutinaria costumbre. (Con exaltacion.) Pienso que es un deber ineludible la moral, para quien crea que lleva en sí algo eterno, que ha de sufrir premio ó castigo; pero que es una carga inútil para quien sabe que la creacion entera es un concierto de fuerzas ciegas, que por azar organizan ó destruyen los séres; y pienso, en fin, (con exaltacion) pensando todo eso, que para mí, desheredado de toda fé, ha llegado la crísis suprema de la vida, y ántes de seguir siendo bueno, quiero saber la razon de por qué he sido honrado hasta ahora y no la encuentro, Julio, no la encuentro por más que hago. Eso es lo que pienso. ¿Quieres saber más todavía? (Con sarcasmo.)

JULIO. Eso me duele: ¿cómo he de querer más? Si yo pudiese hacer que mi fé te convirtiese, si fuese capaz de inspirarte las ideas que siento, si un consejo mío...

FAUSTO. Tu fé, tus ideas y tu consejo los sé de memoria. Bástame leer un libro cualquiera de devocion, para estar al tanto de las reflexiones acomodaticias y de los consuelos inoportunos, que te sugiere tu moral casera.

JULIO. ¿Oyes abrir la puerta? (Interrumpiéndole.)

FAUSTO. Oí antes llamar. Será Marcelo. (Con indiferencia.)—Si en vez de dar consejos desaprovechados hubieses tomado precauciones útiles, ahorrarías el disgusto que en los dos ha de producir esta visita.

JULIO. Tú tendrás compasion... (Con ansiedad.)

FAUSTO. La compasion es una virtud; yo no soy virtuoso. Acabo de decírtelo.

JULIO. Pues no verás á Marcelo. Saldré á decirle que duermes, y...

ESCENA VIII.

DICHOS. MARCELO, entrando.

MARCELO. Buenas noches. (Transicion.) Parece que se sorprenden ustedes de mi venida. ¿Ocurre algo malo, que no sé todavía? (Con ansiedad.) Llego atraido por el calor de una promesa amiga; nadie mejor que usted lo sabe (á Julio); y encuentro al llegar una atmósfera que me ahoga! Me miran ustedes de un modo estra-

ño que me dá frio y quiero saber en qué consiste todo lo que me asombra.—Usted me lo dirá, sin duda. (A Fausto.) También callado!—Pero ¿se han quedado ustedes mudos?

JULIO. Perdona mi ligereza, Marcelo. Confiando más de lo que debía en la Providencia, te he mecido un instante en nuevas y dulces ilusiones. Tenía un plan, y un ángel malo lo ha deshecho, con igual ligereza que mi cariño á tí lo habia forjado. Estás como antes. (Con tristeza.)

MARCELO. Eso se dice fácilmente! (Con sarcasmo.) El volcan apagado no está lo mismo que el volcan que se enciende en azuladas llamas. Yo habia concentrado todos los alientos de mi alma, para matar el amor que tengo á Margarita y comenzaba á ahogarle á fuerza de poner encima todo el peso de mi desgracia. Usted ha venido de repente á decirme: «No te marches: Margarita puede ser tuya todavía: ven á verme esta noche.»—Aquí me tiene usted con mi ilusion despierta por su mano y despues de haber sufrido segunda vez el tormento de creer ganado lo que tengo perdido. Nada esperaba, y usted me ha obligado á esperar para desesperarme ahora: creía que el obstáculo que me aparta de Margarita era insuperable y usted me ha dado á entender que no lo es, puesto que tenía un plan para allanarlo! Tenga usted valor de decir que estoy como antes! (Con ira.)

JULIO. Bien sabe Dios que hubo un instante, en que juzgué casi cierta tu ventura.

MARCELO. No haberme hablado hasta tenerla cierta del todo, era lo seguro.

JULIO. No estuvo en mi mano dártela. Si en mí solo hubiera consistido...

MARCELO. Luego hay álguien que no ha querido seguir el plan que usted trazaba; hay álguien que teniendo en su mano mi dicha, ha sido bastante osado para no concedérmela y bastante cobarde para ampararse tras de usted sin dar su nombre! (En tono de amenaza)

JULIO. Yo no he dicho eso!

MARCELO. No recoja usted confesiones escapadas del corazon á la boca. Quiero saber quién ha sido ese villano!

FAUSTO. ¿Tienes empeño en ello, mucho empeño? (Con voz reconcentrada.)

JULIO. Vámonos, Marcelo: no hagas caso.

MARCELO. Si me esperase ahí fuera Margarita, con el sacerdote preparado para unirnos eternamente, y á su lado estuviese mi padre con una fortuna caida del cielo, y aquí Fausto me dijese: «Espe-

ra y sabrás lo que quieres,» perdia para siempre el amor de Margarita y la honra de mi padre, á trueque de saber quién es el miserable que se ha negado á hacer felices dos almas que se adoran!

FAUSTO. Te pondré delante de él.

MARCELO. Eso es lo que quiero para llamarle cobarde, villano y miserable cara á cara!

JULIO. Fausto, por Dios!

FAUSTO. Mal intercesor has tomado para tratar conmigo.

MARCELO. Es un rival: ¿no es cierto?

FAUSTO. Sí!

MARCELO. ¿Margarita le conoce?

FAUSTO. Sí.

MARCELO. ¿Le ama? (Con rabia.)

FAUSTO. No: no le ama! (Desesperado.)

MARCELO. ¿Qién es?

JULIO. Fausto, mira lo que haces.

MARCELO. ¿Quién es? (Con impaciencia.)

FAUSTO. Yo! (En tono de desafío.) No te molestes en decirme lo que tenias pensado: ya lo he oido todo. (Julio tiene cuidado de escuchar en la puerta donde está Margarita.)

MARCELO. Usted rival mio! (Con estupor.) ¿Usted enamorado de Margarita?

FAUSTO. ¿Crees que tú solo tienes el derecho de adorarla? Yo soy tu rival, créeme: te ódio más de lo que tú puedes odiarme, por mucho que sea. Podía impedirte que marchases mañana, y te dejo marchar con la desesperacion en el alma y la muerte en acecho tuyo á todas horas. Yo seguiré entretanto al lado de Margarita, y haré que poco á poco vaya olvidándose de que existes. (Transicion.) No puedes figurarte cuánto te ódio y cuántas ganas tenía de decírtelo!

MARCELO. En pago de ese ódio, quiero matar á usted antes de irme!

FAUSTO. Si la muerte bastase para vengarse, ¿crees que no estarias muerto hace tiempo? No acepto el desafío!

MARCELO. Usted es testigo de que ese hombre es un cobarde!

JULIO. Bueno, Marcelo, hijo mio! Yo tengo la culpa de todo! (Yendo de un lado á otro sin saber qué hacer.)

MARCELO. Es un cobarde! Lo diré á todo el que quiera oirlo!

FAUSTO. Me han visto arriesgar mil veces la vida y no lo creerá nadie. Convéncete de que no puedes conmigo. (Con burla.)

MARCELO. Juraré que he ofendido á usted mortalmente, y que ni áun así ha querido usted batirse conmigo!

FAUSTO. Dirás la verdad, despues de todo. (Con frialdad.)

MARCELO. Le despreciarán....

FAUSTO. Te equivocas: buscarán la razon del caso y tú perderás más que nadie. Dirán todos que yo no podía batirme con el hijo de un ladron como tu padre! (Con brutalidad.)

MARCELO. (Echándose encima y quitando á Julio que se pone en medio.) Aparte usted! (A Julio.) — Porque tengo una mancha en la honra (á Fausto) no quiere usted medir conmigo sus armas! Maldicion mil veces! (Le dá una bofetada.) Ahora estamos iguales! Mancha por mancha, deshonra por deshonra! Ya no tiene usted ni el derecho de tener miedo! (Con fiereza.)

FAUSTO. Descuida, que nunca le he tenido! (Julio le sujeta.) Me faltaba valor para ser infame por completo, y tú acabas de dármelo! —Gracias, Marcelo, muchas gracias! (Transicion.) Vete, vete: si estás aquí delante, tal vez no tenga paciencia para esperar á que se haga de dia! Busca testigos: Julio irá de mi parte y lo arreglareis todo á vuestro antojo!

MARCELO. Hasta muy pronto! (En tono de amenaza.)

FAUSTO. Para tí siempre será pronto! (A Marcelo que sale. Pasea con agitacion y al dar la vuelta ve á Julio.) ¿Qué esperas? (Brusco.)

ESCENA IX.

FAUSTO, JULIO.

JULIO. Nada debía esperar, segun te veo; pero la esperanza es lo último que se pierde. Ese duelo es una villanía de parte tuya. Tu destreza asegura la muerte de Marcelo.

FAUSTO. Por eso he cedido á su deseo. Si él tuviese una probabilidad entre ciento de matarme y de quedar como único amparo de Margarita, no me batiria de ningun modo! (Con frialdad.—Transicion.) ¿Olvidas lo que ha hecho?

JULIO. Jesús dijo: «Si te hieren en una mejilla, pon la otra á los golpes de tu enemigo.»—Esa es la humildad.

FAUSTO. Há tiempo que lo sé: no soy humilde!

JULIO. Tienes obligacion de serlo.

FAUSTO. No soy cristiano! (Con indiferencia.)

JULIO. Nada importa: en el fondo de todas las creencias, hay una ley natural que impone deberes.....

FAUSTO. Yo no tengo creencias!

JULIO. Pues la naturaleza misma al establecer relaciones entre las edades y los afectos, condena tu amor y tu cólera.

FAUSTO. Eso no es cierto! Si no los inspirase la Naturaleza ¿cómo tendría yo ahora mismo amor y cólera? (Con pena.)

JULIO. Sea como quiera, ese duelo no puede llevarse á cabo.

FAUSTO Se llevará á cabo contra tu opinion, y en paz!

JULIO. ¿Tan poco valgo para tí?

FAUSTO. No eches por ese camino, impropio de hombres sérios como nosotros. Tú eres una de esas almas felices, que aún viven de dogmas y de ilusiones. Tú miras impasible romperse la arcilla de tu cuerpo y esperas gozoso que tu espíritu vuele á los piés de un Creador desconocido: tienes cánones que seguir, leyes que obedecer, fines que llenar, y debes enfrenar las tentaciones carnales por el amor de Dios, que te abre los brazos allá arriba: tú debes ser humilde, piadoso, casto, magnánimo, debes ser bueno. Yo no estoy en tu caso: ántes lo dije, y si es mentira, mírame frente á frente y dime con el juicio sereno y limpio de toda clase de intereses: ¿en nombre de qué he de sacrificarme, yo que no espero nada, que no creo en nada? (Con desesperacion.) ¿Ves cómo callas? Por desdicha tengo razon en lo que digo.

JULIO. No quiero hablarte ahora: no quiero discutir. Voy á ver á Marcelo.

FAUSTO. Al fin digiste una palabra con sentido.

JULIO. (No se batirán como yo viva.) (Vase.)

ESCENA FINAL.

FAUSTO.

Qué horrenda fuerza tiene la verdad, cuando es impía, para convencer á los hombres! No hay virtud si no hay alma virtuosa: no hay moral sin Dios que la sancione. La educacion, el deber social, la costumbre, la dignidad personal, son máscaras que viste la naturaleza brutal del hombre, para no asustarse de la propia fiereza al mirar la fiereza de sus semejantes. La misma ley que rije el cuerpo del animal rije el cuerpo del hombre: la misma materia que compone nuestro organismo, compone la masa aún caliente del planeta: una es la fuerza, en que todo se engendra y se disuelve. Hasta hoy, arrastrado por la rutina, sin darme cuenta de ello, he procedido como proceden los que esperan allá arriba premio de sus acciones. Ahora empiezo á ser hombre como la Naturaleza me ha hecho. Pues fuera escrúpulos, fuera preocupaciones. Si más allá de la

muerte solo hay descomposicion y podredumbre y el pensamiento se deshace al disolverse en corrompidos átomos las maravillosas celdas de los tejidos cerebrales, ¿para qué tomarse el trabajo de ser honrado? (Pausa.) Mi dicha consiste en la posesion de Margarita: mi venganza en la muerte de Marcelo. Ya no dudo; ya no vacilo! Vengan á la vez mi dicha y mi venganza! (Con fiereza.—Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores. Acaba de salir el sol. Fausto, en su mesa, donde está todavia encendida la lámpara. Margarita, con una elegante *matinée*, apoyada en el frente de la misma mesa.

ESCENA I.

MARGARITA, FAUSTO.

MARG. ¿No has dormido, segun parece?

FAUSTO. No intenté siquiera conciliar el sueño. Aquí he estado sin hacer nada. Tenía miedo de quedarme á oscuras.

MARG. Yo sí que tuve miedo hace pocas horas. Dormía, por mejor decir, soñaba, cuando sentí ruido de pasos junto á mi cama: despues un aliento, como el vapor de un horno encendido, que se iba acercando por instantes á mi cara: luego una mano que apretaba con fuerza mis manos; luego... nada, porque en aquella inmensidad de sufrimientos, invoqué tu nombre, te llamé para que me protegieses y todo desapareció como por encanto. Cuando encendí luz encontré mi habitacion como siempre.

FAUSTO. Pues no oí que me llamases.

MARG. Si fué todo quimera del sueño, ¿cómo habías de oirme? A haber sabido que tú velabas tan cerca de donde yo dormía, segura estoy que no me hubiese asustado.

FAUSTO. Despues del susto, volverías á soñar como siempre.

MARG. Volví á soñar, pero no como siempre: soñé contigo. De igual suerte que me habias salvado del imaginario peligro de mi pesadilla, soñé que me salvabas del peligro en que estoy de perder á Marcelo. Ya me entiendes. Soñé que hacías lo contrario de lo que ayer me dijiste que harías. Hay cierto don de profecía en los sueños!... ¿Crees tú que habré adivinado yo ahora? (Con zalamería.)

FAUSTO. Creo que tienes un ángel bueno que te ampara. Has salvado el

peligro más grande de tu vida: no me sorprenderá que al fin consigas de mí lo que quieres.

MARG. Enigmático estás.

FAUSTO. Me refiero á cosas que tú no sabes. Hoy mismo tal vez las comprenderás todas.

MARG. ¿Estás malo? (Transicion.)

FAUSTO. Creo que sí.

MARG. Arde tu cabeza! (Poniéndole la mano en la frente.)

FAUSTO. Desde anoche está ardiendo con el mismo fuego, y á su calor anda mi honradez trabajando á mi voluntad, sobre el yunque de la conciencia, sin haber conseguido hasta ahora torcerla ó quebrantarla. Déjala que siga su tarea. Vá llegando el momento de la crísis: ó el hierro se dobla ó el martillo se rompe: ha de ocurrir una de las dos cosas.

MARG. Me das miedo!

FAUSTO. No me extraña: anoche he tenido yo miedo de mí mismo! (Levantándose.)

MARG. ¿Dónde vas?

FAUSTO. A ver si el aire frio de la mañana me alivia. No salgo del parque. (Vase.)

ESCENA II.

MARGARITA.

Debe sufrir mucho: es necesario que sufra mucho, cuando á mí, á quien tanto quiere, me responde con desabrimiento é impaciencia. Hay algo doloroso entre Fausto y Marcelo! Quiero penetrar lo que es, y al levantar su vuelo, tropieza mi fantasía con la duda que me envuelve, como el ave prisionera choca con las paredes de la jaula, cuando quiere lanzarse á los espacios. ¿Cómo se habrá engendrado ese ódio? Fausto es demasiado generoso, Marcelo demasiado noble para que la causa de tanto aborrecimiento sea el dinero. ¿Y por qué se odian, si no se odian por culpa de Diego Cañizares? Me pierdo en locas conjeturas. (Pausa.) Si yo no estuviese tan cierta del cariño de Marcelo, pensaria que mediaban en el asunto rivalidades amorosas. Pero no puede ser. Marcelo, solo á mí me quiere: Fausto ha confesado que ama á una mujer que no soy yo. No hay causa para que se aborrezcan, y, sin embargo, se aborrecen! Todo lo que Fausto piensa y medita, es componer el amor que

por mí tiene con el ódio que por Marcelo siente. Dice que ha llegado el momento de la crísis. Dios haga que venza ese ángel bueno que me proteje. Sería horrible que las dos personas que amo en el mundo me hicieran desgraciada para siempre! Con un poco de buena voluntad que cada uno pusiese de su parte, volvería á renacer aquel risueño porvenir de juventud y de esperanza, que hace tan poco tiempo forjaba yo en mis sueños de enamorada! Entonces Marcelo estaba al lado mio á todas horas; hoy... (Se vuelve sorprendida.)—Marcelo! (Con amor.)

ESCENA III.

DICHA, MARCELO, dejando caer la capa en una silla.

MARCELO. No el que tú conociste, Margarita: otro Marcelo tan desesperado como era aquel feliz! Tan ingrato y tan malo para tí, como era aquel bueno y cariñoso! (Pausa.)

MARG. Tantos dias sin verme, y cuando por acaso me ves, tus primeras palabras no son de amor para la pobre niña, á quien dejaste sólo fuerzas para adorarte mientras viva! Bien haces en decir que eres ingrato! (Sollozando.)

MARCELO. Al entrar aquí no te buscaba; pero bien sabe Dios que hubiera dado lo que me resta de vida por verte. Ahora, quisiera no haberte visto! (Con desesperacion.)

MARG. Te dejaré solo....

MARCELO. No seas cruel, si aún me tienes amor! Viéndote, sabiendo que me quieres, ¿de dónde he de sacar fuerzas para decirte..?

MARG. ¿Para decirme qué? (Con terror.)

MARCELO. Para decirte que no nos volveremos á ver nunca: para despedirme de tí hasta la eternidad, si allí te veo! (Con resolucion.)

MARG. Pero ¿por qué te vas? (Con angustia.)

MARCELO. ¿Por qué me voy? No lo sé: pero sé que me voy, quiera ó no quiera. Por pecados mios sé que no es; pero me voy por pecados de otros, y para tí y para mí es lo mismo. La piedra arrojada al aire, cae porque debe caer, siguiendo la ley de la gravitacion universal; y yo, arrojado fuera de mi centro, huyo porque debo huir, siguiendo la ley de mi conciencia. No me preguntes dónde voy, porque no lo he pensado ni quiero pensarlo. El lugar me es indiferente, sabiendo que tú no has de estar donde yo vaya.

MARG. Eso es infame y es absurdo! ¿Que culpa tienes ó qué culpa tengo de las faltas de otros, para expiarlas con tan horrendo castigo? No te irás, Marcelo, no te irás!

MARCELO. Cuanto puedas sufrir con este aviso, ya lo he sufrido yo por adelantado: cuanto puedas meditar sobre la injusticia de este caso, meditado lo tengo tambien. Y no hay remedio, si Dios no lo pone. Para nuestro amor hay un imposible: no sabrás nunca cual es, al ménos de mi boca. Sospecho que Fausto no te lo dirá tampoco.

MARG. Y vosotros que sois ó que os llamais honrados ¿teneis derecho para sentenciarme sin oirme? (Transicion.) Iré contigo donde vayas! (Con resolucion.)

MARCELO. Margarita!

MARG. ¿Crées que soy algun maniquí, para que entre tú y Fausto dispongais á vuestro antojo de mi porvenir y de mi ventura? Iré contigo y tendrás que darme tu nombre á la fuerza, para que no me confundan con esas aventureras que corren por el mundo. Yo sé que tú me quieres como ántes: estoy conociéndolo en lo que sufres al oirme. Pues te lo juro por mi alma; no, es poco: te lo juro por la tuya. Si me hubieses olvidado, moriría con tu nombre en los labios y el corazon desgarrado por la pena. Pero sé que me quieres y no te cedo á nadie, á nadie, á nadie! (Con fuerza.) Tú atiendes á consideraciones y reparos sociales; yo los dejo á un lado, como estorbos colocados en nuestro camino. Tú eres mio como yo soy tuya: nos lo hemos jurado tantas veces! (Con ternura.) Medita lo que haces: no te duelas despues de lo que sobrevenga! ¿Me quieres como ántes?

MARCELO. Mil veces más! Te lo juro por el alma pura de mi madre!

MARG. No sigas: á donde vayas voy contigo! Fuí tu prometida cuando eras feliz: seré tu compañera hoy que eres desgraciado. (Con firmeza.)

MARCELO. Creía imposible sufrir más de lo que sufria cuando vine. Te he oido y veo que no hay imposibles para el dolor. (Pausa.) No puedo aceptar lo que propones: se trata de tu honor, que está por encima de tu felicidad y de la mia! (Con nobleza.) Yo moriré de pena, y mi último suspiro será tu nombre. Si tu corazon sabe recojerlo, piensa que desde aquel instante hay alguien, que te está esperando en el cielo! (Con ternura.)

MARG. Perdóname, si no he sabido merecerte; si una sombra de pecado empañó la santidad de nuestro cariño, sabré imitarte: sabré sacrificarme, sabré morir como tú mueras!

MARCELO. Fausto llega, avisado de que yo le esperaba. Vete: que no sepa jamás que hemos hablado! (Con energía.)

MARG. Adios! (Se retira llorando, y al ir á salir, retrocede y se arroja en sus brazos.) Para siempre! (Desesperada.)

MARCELO. Para siempre! (Idem.)

ESCENA IV.

MARCELO.

Calma, mucha calma! ¡Toda la necesito para pasar por un cobarde! (Se sienta.) Ese hombre á fuerza de ser bueno es mi ángel malo. Hace años salvó la vida de mi madre con su ciencia y á mi padre la honra con su fortuna. Hoy que mi padre roba á Margarita, Fausto le dá lo que mi padre ha robado, y yo, yo que soy honrado por mí y por mi padre, ¿cómo puedo batirme con ese hombre, gracias al cual he conocido á mi madre y no he visto mi apellido en el libro de entrada de algun presidio? No comprende Julio el daño que me ha hecho, con revelarme cosas que yo no sabía. De padres malvados debían nacer hijos malvados, y de padres buenos hijos buenos, todos iguales en cada casa, para que no tuvieran que avergonzarse unos de otros! (Desesperado.) Pero ese hombre ¿consentirá en no matarme despues de lo que hice? Tan grande como su ofensa tiene que ser mi rebajamiento ahora; porque yo no quiero decirle la verdadera causa de esta resolucion, que él atribuirá á miedo! (Con ira.) Si los motivos de gratitud fueron ántes y luégo le puse la mano en el rostro, ¿cómo he de invocar ahora lo que primeramente sucedió para no matarle? Padre mío, padre mío! bien puedes decir que está pagado el favor que me hiciste,—sí fué favor,—el darme vida, con el sacrificio que yo hago ahora para satisfacer tu villania! (Transicion.) Ya se acerca! ¿Qué pensará de mí cuando me oiga? (Apoyando la cabeza entre las manos.)

ESCENA V.

FAUSTO, MARCELO.

FAUSTO. Importuna visita á tales horas! Se ha dormido miéntras esperaba. Veamos quién es el mozo que tan de incógnito venia! (Desde la puerta del foro. Al acercarse, levántase Marcelo.) Marcelo!

MARCELO. Mucho se sorprende usted de mi venida!

FAUSTO. Aún no es la hora! (Con frialdad.)

MARCELO. Vengo para que nunca llegue! (Con trabajo.)

FAUSTO. ¿Que dices? (Sorprendido.)

MARCELO. Que nuestro desafío es imposible! Lo he pensado bien y no puedo aceptarlo!

FAUSTO. Anoche te decia eso mismo y me obligaste!

MARCELO. Daré á usted la reparacion que quiera!

FAUSTO. Quiero la misma que tú querías anoche!

MARCELO. ¿El duelo?

FAUSTO. Sí!

MARCELO. ¿Piensa usted matarme?

FAUSTO. ¿Lo dudas? (Con sarcasmo.)

MARCELO. Pues máteme usted ahora mismo, si quiere! Declararé que soy el autor de mi muerte y usted quedará á salvo! No me bato!

FAUSTO. Julio va á venir: fué testigo de mi afrenta anoche! Lo será hoy de la tuya.

MARCELO. (Conteniéndose.) Cuando ya no tenga fuerzas para sufrir nuevas injurias, me mataré en vez de matar á usted y asunto concluido!

FAUSTO. Pero eso, ¿por qué, por qué?

MARCELO. Debo hacerlo!

FAUSTO. Ya comprendo: tienes miedo! (Con burla.)

MARCELO. Tal vez! (Conteniéndose.)

FAUSTO. Mentira! Si sé que eres valiente, ¿cómo he de creer que tienes miedo? (Transicion.) Tú has visto á Margarita, eso es. La has visto y habeis convenido en esperar mi muerte! Teneis tanta vida y yo tan poca por delante... que os sobran años para ser felices! Pero te equivocas, Marcelo; morirás ántes que yo: te lo aseguro!

MARCELO. Ni soy capaz de cálculos tan infames, ni Margarita puede en su alma de ángel, anidar pensamientos tan villanos!

FAUSTO. Tienes razon; te ódio, pero te hago justicia: eres incapaz de tanta villanía!

MARCELO. Gracias!

FAUSTO. ¿Nos batiremos, pues?

MARCELO. No! (Con firmeza.)

FAUSTO. ¿Y por qué no? Eso es lo que necesito saber!

MARCELO. Por miedo: ya lo dijo usted antes! (Con frialdad.)

FAUSTO. ¿Te acuerdas,—no hace muchos dias,—cómo lograste que te enseñara una carta de tu padre? Pues por el mismo medio voy

yo á saber ahora el secreto de tus fingidos temores. Llamaré á Margarita, y á ella, á quien tanto quieres, le diré: «Este hombre, tu Marcelo, tuvo anoche atrevimiento para...»—para hacer lo que hiciste, no quiero recordarlo,—«y ahora se niega á ponerse frente á mí, que soy un viejo, con un arma en la mano. No tengo otro recurso que devolverle duplicada la afrenta que me hizo:» y delante de ella, con guante, para no mancharme, te cruzaré dos veces el rostro! (sujetándole.) Quieto, quieto! Y luégo te cojeré así de las muñecas, (haciéndolo) y te pondré de rodillas delante de ella y haré que le pidas perdon por haberla ofendido!

MARCELO. Yo ofenderla!

FAUSTO. La has ofendido con amarla, siendo quien eres! En vez del uniforme de marino, debías llevar puesta una librea de lacayo!

MARCELO. Si sabe usted que no soy cobarde, ¿para qué me habla usted de ese modo?

FAUSTO. Dime lo que te pregunto!

MARCELO. No! (Con resolucion.)

FAUSTO. Margarita! (Llamando.)

MARCELO. Por piedad, no la llame usted!

FAUSTO. Margarita! (Llamando.)

MARCELO. Va á oirle á usted: vá á venir!

FAUSTO Para eso la llamo, para que venga!—Margarita! Ya lo ha oido! (Con alegría, y mirando al jardin.)

MARCELO. Que no venga: lo diré todo!

FAUSTO. Así te quiero ver: así te quiero! ¿Ves como no soy yo sólo el que habla cuando le provocan? (Cerrando la puerta por donde ha de salir Margarita, que es la de la derecha.)

MARCELO. No tiene usted corazon! (Con pena) Hace muchos años, un hombre deslumbrado por la belleza de mi madre, la robó á mano armada, para satisfacer su brutal capricho! Huía con ella, cuando...

FAUSTO. Conozco el suceso.—Huía con ella, cuando acerté yo á pasar por el mismo camino: pidió socorro y se lo dí. ¿Dónde está el mérito ni la novedad de esa historia? (Con frialdad.)

MARCELO. Mi madre estuvo despues á la muerte.

FAUSTO. Y yo tuve el buen tino de salvarla. Tu padre pagó mis honorarios y nada tienes que agradecerme! (Con más frialdad.)

MARCELO. No es eso todo: la desgracia hirió despues á mi padre y estaba á punto de ser conducido á la cárcel, cuando un amigo pagó sus deudas y le salvó del deshonor y de la ruina!

FAUSTO. Tu padre me devolvió ese dinero: estamos en paz.

MARCELO. ¿Y ahora? (Haciendo un esfuerzo.)

FAUSTO. Tú debes responder de tus acciones, no de las de tu padre. Yo te libro de toda gratitud.

MARCELO. ¿Y qué me importa que usted me libre ó no de gratitud, si mi conciencia no me libra? La honra y la vida de mi madre; el honor y la fortuna de mi padre, hasta el caudal robado á Margarita se debe á usted. ¿Cómo es posible, que con usted mida yo mis armas?

FAUSTO. ¿Son esas solas tus razones? (Pensativo.)

MARCELO. Me enseñó mi madre á ser agradecido y á ser honrado! Lo que á usted debía no lo supe hasta anoche. Sabiéndolo no puedo batirme y no me bato. Haga usted lo que quiera.

FAUSTO. ¿Sacrificas tu pasion por el recuerdo de tu madre?

MARCELO. Ella me lo manda desde el cielo.

FAUSTO. ¿Tú crées firmemente que has de ver á tu madre allá arriba? (Agitado.)

MARCELO. Pues si no lo creyese, ¿piensa usted que hubiera venido á pedirle perdon y á renunciar á Margarita? (Conteniendo un sollozo.)

FAUSTO. Tal vez has hecho bien en venir! (Más agitado.)

MARCELO. ¿Al fin renuncia usted?... Gracias á Dios! (Margarita en la puerta.)

FAUSTO. Oye, Marcelo: (En la puerta.) vuelve, vuelve en seguida, porque necesito hablar contigo. Cuanto antes, será mejor para todos! (Agitado.)

MARCELO. Bien. Ahora voy á buscar á mis testigos. (Vase.) (Margarita aparece en la primera puerta de la izquierda, y al ver salir á Marcelo, oir esa frase y ver la agitacion de los dos, tiene que apoyarse en la puerta, por donde sale sin decir palabra.)

FAUSTO. ¿Tendrá razon Julio? (Vase por la puerta derecha.)

ESCENA VI.

MARGARITA, JULIO.

MARG. «Vuelve pronto,» ha dicho Fausto.—«Voy á buscar mis testigos» ha dicho Marcelo.—Y antes se despidió de mí para siempre! (Con terror.) Es demasiado espantoso lo que sospecho! ¿Cómo salir de dudas?... (Viendo entrar á Julio.)—¿Es verdad que van á batirse Marcelo y Fausto?

JULIO. ¿Quién te lo ha dicho? (Sorprendido.)

MARG. ¿Luego es verdad? (Con amargura.) No me equivoqué al sospecharlo!

JULIO. Confía en mí, que llegaré hasta lo imposible para evitar ese encuentro! Soy testigo de Fausto: sin mí no puede tener lugar ese desafío!

MARG. ¿Y si lo tiene? Sin contar con usted ha estado aquí Marcelo y se ha despedido de mí para siempre: luégo ha tenido una larga entrevista con Fausto, y desde el jardin he oido mi nombre varias veces y ninguna de ellas en tono de amistosa plática: he venido, porque tenia miedo, y al llegar á esa puerta, salia Marcelo triste y descompuesto, para buscar á sus testigos, miéntras Fausto, agitado como no le ví nunca, gritaba: «Cuanto antes, cuanto ántes.» Despues ha confirmado usted lo que yo temía! ¿Qué hacer ahora?

JULIO. En tu mano está la vida de Marcelo! No dejes á Fausto salir de casa, y ten en cuenta que la única persona que en el mundo puede conseguir eso, eres tú. Ruega, suplica, implora! Dí que nada te importa Marcelo: que no volverás á verle nunca: que le olvidas: mejor aún, que le aborreces, y tal vez así consigas salvarle! Si Fausto vá al duelo Marcelo muere! Tú no sabes hasta donde llegan la destreza y la serenidad de Fausto!

MARG. No saldrá de aquí, aunque yo pierda por salvar á Marcelo la felicidad que á su lado esperaba. (Transicion.) ¿Usted sabe la causa del ódio que Marcelo y Fausto se profesan?

JULIO. Desgraciadamente la sé: dichosamente la ignoras. Si intentas averiguarla, nadie más que tú perderá en ello!

MARG. ¿Y si á pesar de mis súplicas y de mis esfuerzos quiere irse? (Con angustía.)

JULIO. Una palabra tuya, bastaria para detenerle siempre!

MARG. ¿Y esa palabra?...

JULIO. Es el secreto de su ódio. No debes saberla; y si la supieses no deberías decirla, áun para salvar á Marcelo.

MARG. Usted me ayudará.

JULIO. Yo haré que Marcelo no venga, aunque haya que sujetarle á viva fuerza.

MARG. Sálvele usted, sálvele usted, por Dios.

JULIO. Él espero que nos auxilie.—Ahí viene Fausto: para tí la lucha! Ojalá ganes tu felicidad en ella! (Vase.)

ESCENA VII.

MARGARITA. FAUSTO, dispuesto á salir.

MARG. ¿Dónde vas? (Atajándole.)

FAUSTO. A buscar aire que respirar, espacio en que estenderme, frio que temple mi fiebre, y á nada más!

MARG. Me engañas, Fausto. Tú vas en busca de Marcelo!

FAUSTO. Aunque así fuese, ¿qué hay en ello de malo? (Con naturalidad.)

MARG. No quiero que le veas! (Con angustia.)

FAUSTO. Buena manía! Hace un instante le dí cita, y si no voy á buscarle enseguida, vendrá él á buscarme. De todos modos hemos de vernos!

MARG. El no vendrá! (Con alegría.)

FAUSTO. Pienso que te equivocas. Le importa demasiado venir, para que se le olvide!

MARG. Sé la verdad: sé que tratais una cosa horrible: sé que quereis mataros! (Con angustia.) Y eso no puede ser: aunque los dos querais, yo no quiero y no sucederá! (Con resolucion.)

FAUSTO. Julio con su impertinente solicitud te ha alarmado sin fundamento!

MARG. No ha sido Julio: he sido yo misma, que sin intencion lo he sabido! No inventes escusas, porque no he de creerlas: tienes demasiado talento, para no discurrir enseguida las que te hagan falta. ¿Tanto te ha ofendido Marcelo? (Transicion.)

FAUSTO. Si me obligas á recordarlo, quizás vuelva á enloquecer de ira! ¿No notas aquí nada? (Señalando su cara.) Pues aquí,—mira si te quiero, que aún no le he muerto,—aquí se ha atrevido él á poner su mano anoche mismo!

MARG. Jesús! (Horrorizada.) La afrenta que él te hizo, bien pueden borrarla mis caricias! (Reponiéndose.)

FAUSTO. Déjala como está; que no sé yo si me besarías por borrarla ó por poner los lábios, dónde puso tu Marcelo la mano! (Con amargura.)

MARG. ¿Crees que yo no te quiero y que nada supones para mí? Marcelo hizo mal, muy mal: hizo una infamia al hacer lo que hizo! (Con fuego)

FAUSTO. Hizo mal, dices! Me alegro que tú mismo lo conozcas! (Con ironía.) Marcelo sin razon, yo con ella, nos batimos á muerte! Tú que eres tan buena, ¿por quién hubieras pedido á Dios que sobreviviese? (Con sarcasmo.)

MARG. Marcelo no debió ofenderte de ese modo! (Confusa.)

FAUSTO. Ya hemos convenido en que Marcelo no tenía razon. Lo que yo te pregunto es por quién hubieras implorado. Mírame frente á frente. Tén al ménos el valor de decirme cara á cara que hubieras rezado por Marcelo.—Lloras? No llores por él, que ya no está en peligro. No nos batimos. He sido bastante débil y bastante nécio para perdonarle, cuando ha venido á pedirme perdon por no sé qué razones de última hora! Pensando que tú debías mirarme como padre, no supo hacer anoche el sacrificio de su soberbia, y yo pensando que era amante tuyo he llegado á hacerle el sacrificio de mi honor y de mi dignidad de hombre! ¿Qué más quieres?

MARG. (Transicion.) Pero ¿eso es verdad? ¿Ó es un pretesto para que te deje libre la salida? (Con temor.)

FAUSTO. Si de veras intentase salir, ¿crees que me hubieses detenido ni un segundo?

MARG. Te hubiese detenido el tiempo que hubieras tardado en matarme. Viva yo, no hubieses salido á combatir con Marcelo. Por salvar su vida, te hubiese dado cuanto soy y cuanto tengo! Me hubieses pedido que fuese tu esclava, y hubiese sido esclava tuya: me hubieses exigido que renunciase al cariño que le tengo, y mi cariño hubiera muerto ahogado por mi voluntad, (con brio) aunque con él se ahogára el alma entera. Más aún: me hubieses dicho: «Para que él no muera has de querer á otro» y á otro hubiera querido por salvarle, (con mucho brío) aunque en el esfuerzo estallasen los resortes todos de mi vida, al verse empujados tan fuera de su direccion acostumbrada!

FAUSTO. Dabas por salvar su cuerpo, tu cuerpo y tu alma! (Con desesperacion.) Bien puede decir que le quieres!

MARG. Los daría con gusto por evitarle un solo momento de tristeza: ¿qué mucho que por salvarle de la muerte los ofrezca? (Transicion.) ¿Tú has pensado alguna vez en el espanto que debe sentirse, al ver morir á la persona en quien hemos puesto nuestra dicha? ¿Lo has pensado?

FAUSTO. Sí! (Sombrío.)

MARG. ¿A quién amas sobre todas las cosas de la tierra? (Transicion.)

FAUSTO. Á tí! (Con pasion.)

MARG. ¿Y aquella mujer, que segun me dijiste, adorabas? (Sorprendida)

FAUSTO. ¿Quién piensa ahora en esa mujer que no conoces? Á quien amo sobre todas las cosas del mundo es á tí; puedes estar segura! (Con mucha entonacion.)

MARG. ¿Y para evitar mi muerte,—porque yo me muero si Marcelo se vá para siempre,—qué harías?

FAUSTO. ¿Te parece poco lo que he hecho al dejarle que viva?

MARG. Aún es poco. (Con cariño.)

FAUSTO. Haré que no se vaya! (Con trabajo.) Para eso iba á verle.

MARG. Y luego? (Con mas cariño.)

FAUSTO. Luego? Luego nada! (Con resolucion.) Cada persona tiene su modo de ser, su mecanismo trazado de antemano, y cada mecanismo tiene su manera de funcionar, segun las leyes con que se ha construido. Puedes pedirle que se detenga si te estorba. Es lo que yo hago al no manifestar mi ódio á Marcelo. Pero no puedes pedir á la máquina que trabaje al revés sin romperse, ni á mí puedes pedirme que vaya por Marcelo y que le ponga entre tus brazos, sin matarme!

MARG. Te ciega el encono! (Con dolor.)

FAUSTO. (Pausa.) Antes me hiciste una pregunta; yo voy á hacerte otra. Si amase Macelo á una mujer y de tí no se cuidase, ¿qué harías?

MARG. Acaso?.. (Con horror.)

FAUSTO. Es un ejemplo. Marcelo no quiere á nadie más que á tí. Ya sabes que yo no sé mentir ni en contra suya! (Con nobleza.) Si Marcelo amase á otra mujer y tú pudieses, ¿la matarías?

MARG. Te equivocas. Si Marcelo amase á otra mujer, yo moriría para que fuese feliz con ella. El amor verdadero muere, no mata. (Con sencillez.)

FAUSTO. ¿Y los celos? ¿Y la venganza?

MARG. En quien de veras quiere, no caben venganzas ni celos. El amor y la abnegacion son dos ángeles, que nacieron en el mismo dia y que se posan á la vez en las almas, como beben juntas en las fuentes las parejas de enamoradas tórtolas.

FAUSTO. ¿Y si yo?..

MARG. ¿Qué?. acaba ..

FAUSTO. Si yo deshiciese los obstáculos que te apartan de él... (Con precipitacion y confuso.)

MARG. Diría... no diría nada. Te amaria casi tanto como á Marcelo! (Con explosion.) ¿Qué más quieres? (Con inocencia)

FAUSTO. Nada! (Con amargura.) (En ese casi, en esa palabra cabe todo un infierno de desventura!)

MARG. Te adoro por lo bueno que eres conmigo!

ESCENA VIII.

DICHOS. MARCELO.

MARCELO. Estraña manera de esperar mi venida! ¿Tú en brazos de ese hombre? (Con burla, á Margarita.)

MARG. ¿Tendrás celos de Fausto?

FAUSTO. ¿Quieres que te diga lo que piensas? Volviste la espalda un instante: regresas al lado de tu amada: ves que llora en brazos del que ella mira como un padre y sientes la mordedura de los celos, que es dolorosa, por vida mia!.. Dí la verdad. Tienes gana de verme muerto; yo en cambio tengo miedo de matarte, pensando en Margarita. Si por ella no fuese, te juro que te daba gusto, Marcelo. (Con energía.)

MARG. Ahora que estais aquí juntos, ahora que ni podeis escaparos ni engañarme, voy á saber por qué os odiais de esa manera.—Dímelo tú, Marcelo.

FAUSTO. No se lo preguntes, porque ántes de que llegue á decirlo, si lo intenta, le sellaré los lábios para siempre! (Cogiendo una de las pistolas de un estuche que hay sobre la mesa.)

MARG. Calla, calla, Marcelo mio!

FAUSTO. Vete! (Convulso.)

MARCELO. Voy á decírtelo, por lo mismo que se ha atrevido á amenazarme! (Con rabia.)

FAUSTO. No quiero usar la fuerza contigo! ¿Recuerdas lo que no há mucho me decias? Tu sacrificio de hombre, ante tus deberes de hijo ¿donde está? Soy yo quien te manda que calles: yo que he salvado á tu madre de la deshonra: yo que he librado á tu padre del presidio: soy yo quien te dice: «Calla, no hables!» (Imponente.) Pregúntale ahora, Margarita, á ver si se atreve á responderte. (Transicion.) Ya ves que he dejado ese arma que tanto te asustaba. (Con tranquilidad.)

MARCELO. No puedo luchar con él, Margarita, no puedo!

MARG. Cuando tú entrabas, me ofrecía hacernos dichosos! (Con pena.)

FAUSTO. ¿Tú has visto cómo ha hablado ese hombre, ofendiéndote y ofendiéndome? Tiene el arte infernal de hacerme arrepentir de todos los buenos pensamientos que concibo!

MARG. Pero yo no he de pagar las culpas suyas! Me ofreciste no dejarle marchar, y yo no quiero que se marche!

MARCELO. Suplica á todo el mundo por nuestra dicha menos á él. No quiero nada suyo!

FAUSTO. Pues vete. Dí á tu Marcelo que se vaya; yo estoy cansado ya de decírselo. Si no se vá pronto, mandaré que le arrojen á la calle! (Me enloquece ver á los dos juntos!)

MARCELO. He venido porque V. me dijo que viniese (Pausa.) Bien abusa usted de mi sacrificio! (Con ira.) Adios, Margarita. (Con desesperacion.)

MARG. Voy contigo! (Fausto la detiene.) Vuelvo muy pronto... Es cuestion de un instante... Ya que no has querido que yo sea feliz... déjame al ménos despedirle! (Con voz entrecortada. Vase.)

ESCENA IX.

FAUSTO.

Ya estoy sólo otra vez, y vuelvo á tener miedo de mis recuerdos! Hubo anoche un momento, que ha sido el único feliz de mí existencia! Me olvidé de todo: lo arrostré todo y entré allí para que Margarita fuese mía; para abusar de mi fuerza y de su inocencia, para ser dichoso, que era lo único que me importaba. Entré: dormía, estaba en mi poder! (Con agitacion.) Su boca medio cerrada, como los horizontes de la vída; húmeda, con esa tíbia humedad, á cuyo calo nacen los besos: roja, como el pudor estremecido, podia tocarla con mis lábios: su garganta, hecha en el molde de la perfeccíon eterna con hojas de rosa, amasada con copos de nieve, podía cojerla entre mis manos; y su seno de niña, que empieza á ser mujer, para las provocaciones del deseo: la línea ondulante de su cuerpo, mil veces más blanco por su pureza que el blanquísimo lienzo que la cubría, allí estaban tambien esperando que mi brutalidad las mancillase. ¿Qué resistencia podia hacer? Gritar! La hubiera tapado la boca. Luchar!.. intento inútil! (Transicion.) Dí un paso más: sentí su aliento mezclado con mi aliento: cogí una de sus manos entre las mias para que no se defendiese: medí la inmensidad de mi traicion: no me asustó; y cuando ya creía tener valor bastante para saciar mis apetitos, caí de rodillas al pié de su cama llorando como un niño; yo, que no pude convertir en lágrimas mi pena al ver á mi madre agonizando! (Pausa.) Si mi hermano me hubiera visto, diría que rezaba. Cómo he de rezar si no tengo á quien dirigir mis plegarias! Podrá decir mi ciencia lo que quiera: podrá toda la humanidad afirmar lo que dice mi ciencia, aunque Dios,—en quien no creo,—baje otra vez á un

zarzal abrasado y me lo jure! El gusano torpe y miserable que busca para morada el cieno y para alimento la basura, y la bestia, que se asusta de la luz del día y sácia en las oscuridades de la noche la brutal fermentacion de sus instintos, serán iguales á los séres más perfectos del planeta: serán iguales á mí mismo, lo conozco; pero no son iguales, no están hechos bajo las mismas leyes ni con los mismos moldes que Margarita. (Transicion.) Dentro de mí hay una levadura de bien. Cuanto más medito, ménos infeliz me siento! Si en mí hubiese sólo materia y no conciencia, no sería así; «*que el lodo cuanto más se revuelve peor huele, miéntras las cosas aromáticas y olorosas, cuanto más se trasiegan más suave fragancia esparcen á sus alrededores*» (1) ¿Será ilusion de mi desdicha ó ley de la vida lo que observo?—Ven acá tú, filósofo implacable, (Cogiendo un libro con violencia y abriéndolo.) y aconséjame. ¿Qué dice tu (Como leyendo.) juicio siempre helado? ¿Que hay una razon para la ciencia y otra razon práctica para la vida? ¿Que sin creencias se debe obrar el bien, porque es ley ineludible de los séres é imperativo de las conciencias? (Con rabia.) No me sirves! Yo necesito otra cosa! (Tirando el libro.) Ven tú acá, maestro de todos (Cogiendo otro.) los escepticismos; ven tú que nada debes saber del cielo, que en tu pátria solo se vé entre nieblas: dime qué hago (Leyendo.) Tú tambien exiges el cumplimiento de la ley moral, en nombre de lo incognoscible, y afirmas que hay una causa del mundo, un Dios,—como dicen las gentes, —pero no lo conoces! (Le tira.) Tú tampoco me sirves! Yo busco un libro en que me digan que no debo hacer el sacrificio de mis pasiones! Al fin te encuentro, Evangelio cristiano: dime que la moral es ántes que la fé, y que el dogma supone ménos que la conducta para salvarse, y reconoceré que siempre he sido necio y que con tanto indagar secretos de la ciencia de las cosas, no había empezado aún á estudiar la ciencia de la vida! Ven, Evangelio: dime que sin fé no hay salvacion para el alma, y á lo ménos podré ser malo! (Leyendo.) «Y si tuvieses una fé capaz de horadar las montañas y de salvar los mares, de nada serviría, si no tienes caridad.» Solo la caridad sobrevive.—Tú tambien contra mí! (Le arroja.) Malditos seais todos!! (Furioso.)

(1) El autor lamenta no poder suprimir esta frase, como ha suprimido otras, mal recibidas por el público en la noche del estreno. Las palabras subrayadas, que dieron lugar á algunos rumores, son trascripcion fiel de las que emplea el Maestro Fray Luis de Granada en uno de sus libros, para expresar el mismo concepto.

ESCENA X.

FAUSTO, MARGARITA, que entra sollozando.

MARG. Se fué para siempre!... Cuando me veas morir poco á poco, no preguntes á nadie de qué me muero! (Con desesperacion.)

FAUSTO. (Parece un cadáver.)

MARG. Tú me matas!

FAUSTO. Yo no quiero que mueras! (Con estravío.) Corre; dile que vuelva, que hé estado loco; que ahora soy yo quien quiere veros juntos! Corre, que vas por tu felicidad: corre, corre! (Convulso.)

MARG. Yo le alcanzaré! Bendito seas! (Vase.)

ESCENA XI.

FAUSTO.

Dice Margarita que las almas impuras se hacen buenas al subir á las plantas de Dios... Allá veremos. La suerte está echada! Si yo estuviese cierto de que soy sólo materia que se trasforma en sér humano, llegaría al crímen. (Desalentado.) Si supiese que tenia un alma eterna, viviría sacrificándome por ellos y ganando lo que deben dar á los buenos allá arriba! (Con frialdad.) Para el sacrificio me falta fé: para el crímen me sobran dudas. (Oyendo desde la puerta)—Ya vuelven felices y contentos! Julio tambien llega. Qué santo les pareceré ahora. (Con ironía.) (Se sienta en la mesa y escribe un papel que conserva en la mano.)——Voy á ejecutar una buena accion por Margarita. (Aprieta en la mano izquierda el papel que ha escrito, y con la derecha se dispara sobre el pecho la pistola, cayendo al suelo despues de un momento de vacilacion.)

ESCENA XII.

DICHO. MARGARITA, MARCELO.

MARG. ¡Fausto! Fausto! ¿Qué has hecho? (Con angustía, arrodillándose á su lado, cóje el papel y se lo dá á Marcelo.)

JULIO. Aún vive! (Bajándose á él.) Un médico enseguida!

FAUSTO. Estoy seguro de morir (deteniendo á Marcelo). Seria la vez primera que errase un tiro.

MARCELO. «En esa mesa está mi testamento (Leyendo.) Añado una condicion. Margarita entrará en posesion de mi herencia, despues de casada con Marcelo Cañizares. Es mi voluntad y la de...» —Falta una palabra. (Dando el papel á Margarita.)

FAUSTO. Iba á escribir Dios, pero me faltaron las fuerzas.—Te amaba más (A Margarita.) que él y tenía celos... Me ha faltado valor para verte desgraciada, y abnegacion... para verte feliz... Ven... (Ansiedad.) quiero morir teniéndote en mis brazos, mirándome en tus ojos! (La abraza)

MARG. Quién sabe... (Llorando.)

FAUSTO. No digas eso: que no sientes! (Transicion.)

MARCELO. Yo renunciaba á Margarita... (Transicion.)

FAUSTO. Siento la muerte: ya está cerca! (Con terror, consigue levantarse, sostenido en la mesa.) Sin fé, sin esperanza, sin nada, he sido más grande, más generoso que vosotros! (Imponente.) Yo quiero saber si he hecho bien en lo que he hecho; quiero saber si he sido un imbécil ó un santo, (con ánsia) al cambiar la vida terrenal por la vida futura. Cuando la razon está firme, el velo de lo infinito es impenetrable, y ahora que el velo se rasga, que siento que lo infinito me inunda, la razon se nubla y no vé ni lo que tiene al lado! (Con desesperacion.) No veo nada: siempre la duda, la eterna duda! (Pausa.) Estoy muriéndome y aún no sé si he hecho bien ó he hecho mal en lo que he hecho! (Con desesperacion.)

—Marcelo... díme, aunque no lo creas... díme... que hay Dios... para no morir desesperado!... (Pasándose con furia las manos por los ojos.) Luz! Más luz! Al fin voy á saber lo que anhelaba! (Cae desplomado. Margarita se arrodilla, besándole la mano.)

ESCENA FINAL.

DICHOS. JULIO.

JULIO. ¡Hermano, hermano!

MARG. Es ya inútil! Ha muerto!

JULIO. Suicida! Perdónale, Señor; sus ojos no supieron verte desde la tierra; haz que su alma te reconozca en el cielo!

(El cuadro final del drama queda á cuidado del buen gusto de los actores.)

FIN DEL DRAMA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion. Los Comisionados de la Galería lírico-dramática, titulada *El Teatro*. de los Sres. Hijos de A. Gullon, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

OBRAS DEL AUTOR

ESTUDIOS SOBRE FILOSOFÍA DE LA CREACION. Exposicion y exámen de los sistemas revelados y trasformistas, sobre el orígen de las especies. Un tomo en 4°, de 400 págs. 1876.—24 rs.

LA ORATORIA. Estudio crítico, leido en la Seccion de Literatura del Ateneo de Madrid. Un vol. en 8°, de 200 pags. 1878.—12 rs.

OBRAS FILOSÓFICAS DE SPINOZA, traducidas y precedidas de una Introduccion doctrinal. Un tomo en 4°, de 500 pags. 1878.—28 rs.

LA BIOLOGÍA. Parte primera. Sistemas biológicos de la Ciencia y de la Filosofía modernas. Un vol. en 8°, 1879.—12 rs.

TEORÍA ORGÁNICA DEL ESTADO. Ensayo filosófico sobre los principios fundamentales de la política. Un tomo en 4° — 24 rs.

EN PRENSA.

LA BIOLOGÍA. Parte segunda. Determinacion del problema «Concepto de la vida.»

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde.

ZARZUELAS.

Á la pradera	1	D. L. Arnedo	M.
Arriba y abajo	1	Sres. Granés, Navarro y Reparaz	L. y M.
Artistas á cala	1	D. Cárlos Mangiagalli	M.
Bou-Amema	1	Sres. Cuartero y Gomez.	L. y M.
Buscando un yerno	1	D. M. Sabater	M.
Dos Tenorios del dia	1	Sres. Bolumbar y Rubio.	L. y M.
El mejor pastor	1	D. R. L. P. de Guzman.	L.
El sonámbulo Ramon	1	C. Mangiagalli	M.
En el viaducto	1	Tomás Reig	M.
Frascuelo	1	Sres. Palanca y Rubio.	L. y M.
La salsa de Aniceta	1	D. R. Liern	L.
La vida en un tris	1	M. L.	L.
Los dos cazadores	1	Sres. Caballero y Nieto.	L. y M.
Los feos	1	M. F. Caballero.	M.
Los parientes del difunto	1	Giner, Utrilla y Mang	L. y ½ M.
Los sietemesinos	1	Cárlos Mangiagalli.	M.
Picio, Adan y Compañía	1	Liern y Mangiagalli.	L. y M.
Quien no tiene padrino	1	Sanchez y Rodriguez	L. y M.
Un par de lilas	1	D. C. Mangiagalli	M.
Un sueño de gloria	1	Sres. Lasso y Taboada.	L. y M.
Una corrida de toros por Costillares	1	Sala Julien y Siguert.	L.
Variedades	1	D. C. Navarro	L.
Cibeles y Neptuno	2	Sres. Liern y Rubio	L. y ½ M.
Teoría y práctica	2	D. E. Zumel y Taboada.	L. y M.
La farsanta	3	M. F. Caballero. (*Mit.*)	M.
Los amores de un Príncipe	3	Sres. S. Julien y Siguert.	L. y M.
Los hijos de Madrid	3	Larra y Cereceda	L. y M.
Los mosqueteros grises	3	D. F. de Perez Cabrero.	(Wals.)
Mantos y capas	3	J. Santero	L. y M.
Rosa de mar	3	Puente y Cereceda.	L. y M.
La niña bonita	3	Sres. Larra y Caballero.	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta de Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25, y *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, número 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.